

Juan Antonio LÓPEZ PADILLA\*

## CONSIDERACIONES EN TORNO AL “HORIZONTE CAMPANIFORME DE TRANSICIÓN”

RESUMEN: Desde principios de los años 80, la aparición y difusión de los elementos vinculados al denominado “fenómeno campaniforme” en el área del Levante peninsular se ha venido situando en la etapa denominada “Horizonte Campaniforme de Transición”. Dicha fase fue definida básicamente como un período de transformación de las estructuras económicas y sociales “neolíticas” precedentes que caracterizarían posteriormente a la “Edad del Bronce”, en un sentido anticipatorio con respecto a éstas últimas. Sin embargo, el registro arqueológico permite hoy refutar algunas de las bases desde las que dicho “horizonte” fue caracterizado, así como respaldar una nueva propuesta explicativa de los procesos de transformación de las sociedades del III milenio BC del Levante y Sudeste peninsulares, evidenciados en diferencias regionales respecto al patrón de ocupación del territorio y al alcance espacial de determinadas prácticas sociales y tipos de productos.

PALABRAS CLAVE: Cambio social, campaniforme, sistemas-mundo, megalitismo, península Ibérica.

ABSTRACT: **Considerations around the “Bell Beaker Transitional Horizon”.** From the early 1980s, the appearance and diffusion of the Bell Beaker elements in the Levant of the Iberian Peninsula has been setted to the “Bell Beaker Transitional Horizon”. This period was basically defined as a phase of change of the economic and social “neolithic structures” previous of the “Bronze Age” ones, as an anticipation of the latter. Nevertheless, the archaeological record allow us to actually refuse some foundations from which that “horizon” was defined, as well as to support a new hipotesis about the transformation of Levant and Southeast iberian communities in the third millennium BC, showed in regional differences in relation to patterns of settlement location and spatial distribution of certain social practices and some kind of products.

KEY WORDS: Social transformation, Bell Beaker, World-systems, Megalithism, Iberian Peninsula.

---

\* Museo Arqueológico Provincial de Alicante-MARQ. japadi@dip-alicante.es

Desde que fuera definido por primera vez (Bernabeu, 1979), el denominado “Horizonte Campaniforme de Transición”<sup>1</sup> ha ocupado, en el modelo de secuencia cultural propuesto para el Levante de la Península Ibérica, el lugar correspondiente al momento en que se producía la transformación de las sociedades “neolíticas” en las sociedades del “Bronce Valenciano”, tomándose como referentes arqueográficos para su reconocimiento los objetos tradicionalmente asociados al Campaniforme.

Sin embargo, creemos que la explicación del proceso histórico acontecido en la zona meridional de esta área geográfica entre ca. 3000 BC y ca. 2000 BC, no puede seguir sustentándose sobre determinadas proposiciones hasta ahora comúnmente aceptadas en la investigación prehistórica valenciana, a menos que se esté dispuesto a continuar soslayando determinados indicadores que de manera cada vez más clara revelan notables contradicciones entre el registro arqueológico hoy disponible y los contenidos de los que fue dotado originalmente el HCT.

Nuestra exploración intentará mostrar que es posible refutar varias de estas hipótesis, así como proponer, desde los fundamentos teóricos del materialismo histórico, una explicación que dé cuenta de manera más completa de algunos de los procesos involucrados en el desarrollo histórico del III milenio en el ámbito comprendido entre el valle del río Júcar, al norte, y la cuenca del Guadalentín, al sur, pretendiendo ser consecuentes con un programa de investigación que exige no sólo el análisis de las contradicciones fundamentales generadas en la reproducción de las sociedades que ocuparon dicho espacio en ese tiempo, sino también el de las relaciones establecidas entre ellas, responsables, junto con aquéllas, del contenido y orientación general de tal desarrollo.

## **I. HACIA UNA REVISIÓN DE LOS CONTENIDOS FUNDAMENTALES DEL “HORIZONTE CAMPANIFORME DE TRANSICIÓN”**

Tras la publicación de los trabajos de R. J. Harrison (1974, 1977) resultó evidente que el esquema de periodización de la prehistoria reciente propuesto por E. Llobregat (1975) para el Levante peninsular debía reconsiderarse, puesto que si se aceptaban las cronologías que aquél proponía para las cerámicas impresas de “estilo marítimo” y para las incisas y pseudoexcisas del “tipo Ciempozuelos” no podía mantenerse ya la sincronía de los tipos “primitivos” y los de “reflujo” que E. Llobregat (1975: 128) había propugnado para la zona valenciana, al tiempo que se planteaban una serie de contradicciones, derivadas del modelo de “transición” al “Bronce Valenciano” y su cronología, que era necesario resolver.

Éstas eran las cuestiones fundamentales que J. Bernabeu (1984) abordaba específicamente en su trabajo sobre el campaniforme valenciano, a las que se añadía determinar la

---

<sup>1</sup> En adelante, HCT.

existencia de un auténtico “grupo cultural campaniforme” en el Levante peninsular. Sin embargo, algunas de las soluciones que al respecto vendría a proponer en este trabajo habían sido anticipadas en un estudio anterior (Bernabeu, 1979) en el que se propugnaba la existencia de una fase de “Eneolítico Pleno”, en cuyos momentos finales aparecerían las cerámicas campaniformes más antiguas, mientras que las de tipo inciso, que acompañaban al resto del “ajuar campaniforme”, se adscribían a una etapa posterior a la que denominó “Horizonte Campaniforme de Transición” y cuyo final, en torno a 1800 a. C.<sup>2</sup> vendría marcado por las fechas radiocarbónicas obtenidas en Terlinques, en Villena, y Serra Grossa, en Alicante (Bernabeu, 1979: 122-123). Éste es el esquema que defendería más tarde, asociando la fase del Eneolítico Pleno con el nivel II de Ereta del Pedregal, en Navarrés, y el Estrato C de El Promontori, en Elche, mientras que el HCT estaría representado por el nivel III y estrato B de estos dos mismos yacimientos (Bernabeu, 1984: 11).

Así, mientras que algunos aspectos permitían establecer claros lazos con las “tradiciones” neolíticas de la etapa anterior –tales como la continuación del hábitat en llano de algunos poblados o la continuidad en el uso de las necrópolis de inhumación múltiple– otros permitían considerar “...al HCT como la etapa en la cual se transformarán enteramente las tradiciones neolíticas precedentes dando lugar a formas cercanas a la Edad del Bronce.” (Bernabeu, 1984: 110). Entre estas transformaciones el autor señalaría:

- la aparición de algunos enclaves sobre cerros y elevaciones de fácil defensa;
- la aparición de recintos amurallados, detectados en Peñón de la Zorra, Ereta del Pedregal o Puntal de la Rambla Castellarda, en Lliria;
- primeras inhumaciones individuales en grietas cercanas al poblado, como la documentada en la Cueva Oriental del Peñón de la Zorra;
- y cierto desarrollo de la producción metalúrgica, de la que existían ya evidencias claras en el nivel III de la Ereta del Pedregal.

Pero inicialmente el HCT también conformaba una “cultura” (Bernabeu, 1984: 109), aunque desde el particularismo histórico entonces imperante poco era lo que podía proponerse acerca del origen de este nuevo “grupo campaniforme”, aparte de consignarse al respecto un aumento de las “influencias” del Sudeste en el marco más amplio del desarrollo de una “corriente cultural”, de la que participaba toda la Península Ibérica (Bernabeu, 1984: 112).

Será precisamente a partir de los trabajos desarrollados en años posteriores por J. Bernabeu y su equipo cuando se empiecen a plantear nuevas hipótesis, en las que el HCT empezó a situarse más bien como la etapa final de un proceso en el que, una vez agotado el recurso de la puesta en cultivo de nuevas tierras en el territorio, la progresiva intensificación en la producción agropecuaria acabaría por provocar la crisis y disolución de las estructuras productivas y sociales neolíticas iniciando el proceso de transformación y de “jerarquización” patente en el “Bronce Valenciano” (Bernabeu y Martí, 1992: 230;

2 Fecha sin calibrar. En el texto, todas las fechas calibradas se expresarán seguidas de las siglas BC.

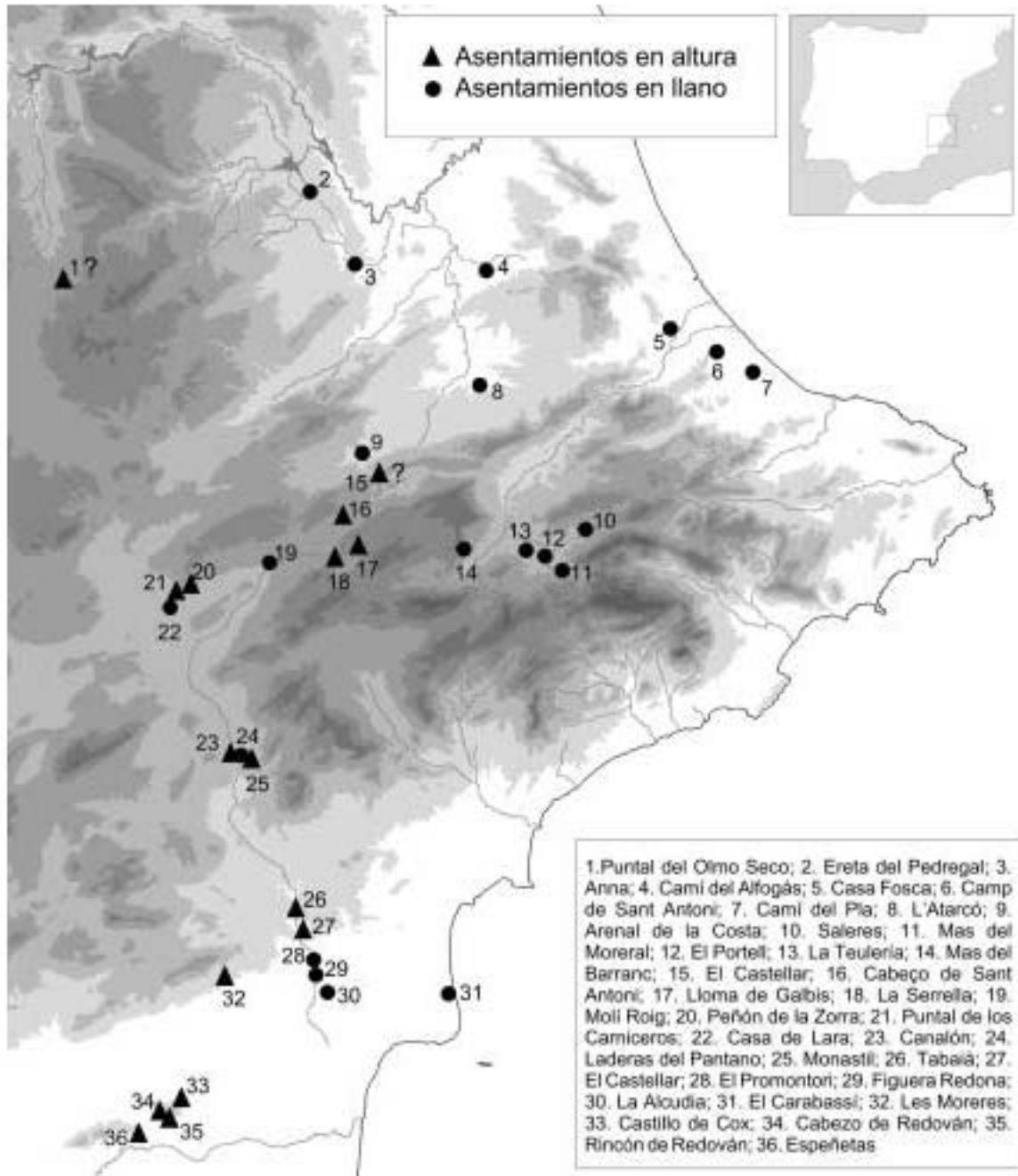


Fig. 1.- Asentamientos con materiales campaniformes entre el Júcar y la desembocadura del Segura.

Bernabeu, 1993: 164; Bernabeu, 1995: 57), de modo que a lo largo de esta trayectoria la significación atribuida inicialmente a la aparición de las cerámicas campaniformes, concebidas entonces como resultado de la llegada de una “corriente cultural” de escala peninsular, ha ido perdiendo una parte sustancial de su contenido.

Casi tres décadas después de su formulación, el aumento de la información arqueológica relacionada con el HCT (Juan-Cabanilles, 2004) nos permite hoy realizar algunas matizaciones en cuanto a la caracterización que para el mismo se propuso inicialmente. Un primer aspecto, ya señalado (Ruiz Segura, 1990: 80; Hernández, 1997: 96), es la constatación de una serie de diferencias observables a escala regional en cuanto al patrón de asentamiento considerado hasta ahora típico del HCT, basado en la combinación de asentamientos en altura con emplazamientos en el llano (Bernabeu, 1993: 222). Las prospecciones arqueológicas realizadas (Bernabeu, Guitart y Pascual, 1989; Pascual Beneyto, 1993; Molina y Jover, 2000; Molina Hernández, 2004) han revelado en cambio la existencia de una evidente dicotomía entre una cuenca del Vinalopó donde la distribución de asentamientos se ajusta a la “norma” establecida para el HCT, frente a los valles interiores –cuenca del Serpis– y zona montañosa nororiental de la provincia de Alicante, en donde el hábitat parece establecerse exclusivamente en el llano o incluso en cuevas, faltando los emplazamientos sobre cerros o elevaciones montañosas (fig. 1). Se ha de asumir por tanto una falta de uniformidad en el ámbito del HCT al menos en lo que respecta a este rasgo, y admitir que frente a una destacada presencia de asentamientos en altura en el cauce del Vinalopó, se da una ausencia notable de los mismos en el resto del territorio.

Por otra parte, la reciente revisión de uno de los más célebres conjuntos de restos físicos antropológicos adscrito tradicionalmente al HCT obliga en nuestra opinión a reconsiderar seriamente las constantes referencias al enterramiento supuestamente individual de la Cueva Oriental del Peñón de la Zorra (Soler García, 1981), el mismo que fuera señalado por J. Bernabeu (1984: 112) como *terminus postquem* para el desarrollo del “Bronce Valenciano” y como precedente inmediato del tipo de enterramiento en grieta o covacha que desde los estudios clásicos de M. Tarradell (1963, 1969) se ha considerado típico de la Edad del Bronce en tierras valencianas (fig. 2). Dicha revisión, realizada tanto sobre los restos humanos como sobre los elementos del ajuar que los acompañaban, permite concluir que si bien es probable que las dos puntas de Palmela y el puñal de lengüeta localizados formaran un conjunto perteneciente al ajuar de un único individuo, lo que resulta del todo descartable es la existencia de una sólo inhumación en la cavidad, ya que se han contabilizado restos de un mínimo de 6 individuos (Jover y De Miguel, 2002: 65). En nuestra opinión, estos datos no hacen más que ajustarse de modo más coherente con lo que hoy conocemos de las prácticas funerarias del II milenio a. C. en esta zona, donde parece claro que se mantiene la utilización de las cuevas como necrópolis para la inhumación de varios cadáveres, paralelamente al empleo esporádico de fosas donde se practican enterramientos individuales dentro del área del poblado pero no en el interior de unidades habitacionales (Martí, De Pedro y Enguix, 1995; Martí Bonafé et al., 1996; De Pedro, 2004).

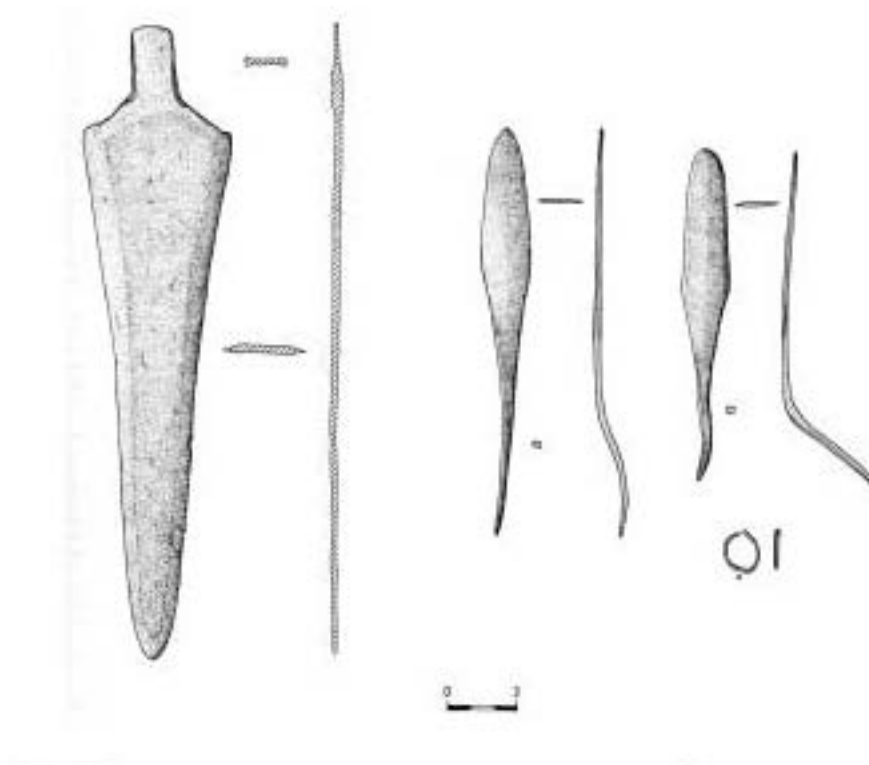


Fig. 2.- Peñón de la Zorra, Villena (Alicante). Ajuar metálico del enterramiento de la Cueva Oriental (según J.L. Simón, 1998).

Si bien esta última práctica tenía hasta hace poco tiempo su único precedente en tierras valencianas en el HCT, las recientes excavaciones realizadas en Camí de Missena, en la Pobla del Duc (Pascual, Barberá y Ribera, 2005) permiten retrotraer en el tiempo este tipo de inhumaciones al menos a la primera mitad del III milenio a. C., algo que los escasos y fragmentarios restos óseos humanos localizados en yacimientos como Les Jovades (Calvo, 1993: 158) o Marges Alts, en Alqueria d’Asnar (Pascual Benito, 1989) hacían ya suponer (Soler Díaz, 1995).

Por consiguiente, lo que nos indica ahora el registro es que durante el HCT simplemente se constata una continuación de las prácticas funerarias previas, las cuales además se prolongarán bastante en el tiempo, por lo que en rigor no es posible seguir utilizando ningún enterramiento de estos momentos como referente netamente diferenciador respecto de las prácticas funerarias anteriores ni tampoco como claro precedente de las posteriores, como hasta ahora se venía considerando (Bernabeu, 1984: 112; Soler Díaz, 1995: 13; Jover y López, 1997: 111).

Finalmente, habría que referirse a la revisión de que ha sido objeto alguna de las estratigrafías que en su momento sirvieron de apoyo a J. Bernabeu (1984: 110) para plantear la existencia de niveles en contacto sedimentario que permitían observar la “sucesión transitiva” entre el HCT y el “Bronce Valenciano”. En la actualidad se cuenta con novedades en el registro que permitirían replantear esta cuestión, especialmente en el caso de la Ereta del Pedregal, cuya secuencia de cuatro niveles establecida durante las décadas de 1970 y 1980, que se cerraba con una última fase –Ereta IV– cronológica y culturalmente adscrita a la Edad del Bronce (Pla, Martí y Bernabeu, 1983: 243), ha sido posteriormente reinterpretada por J. Juan Cabanilles (1994: 81) señalando que, en base a los resultados de las excavaciones anteriores y en función de los trabajos que él mismo llevó a cabo en el yacimiento en 1990, “...no hay (...) indicios que permitan presuponer que el Nivel IV de la Ereta haya albergado una ocupación del Bronce antiguo”, por lo que se decanta por considerarla como un segmento más del relleno de la fase anterior, Ereta III. Nada nuevo, en cambio, se ha publicado referente a El Promontori, yacimiento del que tan sólo los materiales cerámicos con decoración campaniforme han merecido revisión y publicación de manera reiterada (Ramos Fernández, 1983; Ruiz Segura, 1990).

Actualmente creemos que la presencia fehaciente de niveles arqueológicos de la Edad del Bronce en estos dos yacimientos debería reconsiderarse, pues además de lo que la revisión de la estratigrafía de la Ereta del Pedregal ha señalado, las intervenciones realizadas posteriormente en otros yacimientos semejantes como Arenal de la Costa (Bernabeu et al., 1993) parecen indicar igualmente su inexistencia, algo que las prospecciones superficiales permitirían en principio hacer extensivo también a otros enclaves del HCT (Molina y Jover, 2000; Molina Hernández, 2004).

Por otra parte, las excavaciones llevadas a cabo en asentamientos de la Edad del Bronce del ámbito valenciano como la Lloma de Betxí, en Paterna (De Pedro, 1998) o Terlinques (Jover y López, 2004) están poniendo claramente de manifiesto la inexisten-

cia de materiales cerámicos con decoración campaniforme en la base de sus estratigrafías, contando con dataciones radiocarbónicas que transitan el paso del III al II milenio BC. De hecho, dentro del territorio administrativo de la Comunidad Valenciana, sólo en yacimientos argáricos como Tabaià, en Aspe (Hernández, 1982: 15), Pic de les Moreres, en Crevillent (González, 1986: 207), Laderas del Castillo, en Callosa de Segura (Ruiz Segura, 1990: 71) o San Antón, en Orihuela (Bernabeu, 1984: 112) han aparecido fragmentos de cerámica campaniforme, presencia que de forma reiterada ha servido para respaldar la hipótesis que defendía la existencia de relaciones entre los grupos “campaniformes” valencianos y los yacimientos argáricos (Bernabeu, 1984; Hernández, 1997). Sin embargo, como tendremos oportunidad de exponer, esta presencia debe responder más bien a otro tipo de causas.

En resumidas cuentas si, como acabamos de ver,

- la distribución de los enclaves con elementos “campaniformes” emplazados en altura no es homogénea en el territorio del HCT, tal y como éste fuera delimitado en su día, sino que se advierten en él claras diferencias a escala regional, restando valor al contenido de pretendida “uniformidad de rasgos” inherente al concepto mismo de “horizonte cultural”;
- si las transformaciones en el ritual funerario –empleadas para señalar los cambios de orden social que parecen producirse en estos momentos– pierden fuerza como indicadores de tales procesos a la luz de las nuevas evidencias del registro;
- y si la revisión de las antiguas estratigrafías y los datos aportados por las excavaciones más recientes arrojan sombras en torno a la efectiva existencia de una sucesión estratigráfica, sin solución de continuidad, como la propuesta en su día entre el HCT y la Edad del Bronce,

parece que se hace necesario un replanteamiento de la explicación del proceso histórico en el que se involucró el surgimiento y difusión de la cerámica y los elementos “campaniformes” en el Levante peninsular de la segunda mitad del III milenio BC.

## **II. NUEVOS PLANTEAMIENTOS PARA UNA REINTERPRETACIÓN DEL HCT**

Parece hoy por hoy incuestionable que la amplia dispersión de las cerámicas “campaniformes” debe relacionarse principalmente con la extensión de los contactos intersociales en un momento de clara pulsión expansiva de los mismos, de modo que su imitación y copia en distintos lugares de la Península y su consumo en un amplio espacio geográfico, van en casi todas partes asociadas a sensibles transformaciones de orden social y económico.

A nuestro entender, no obstante, no se ha prestado suficiente atención al hecho de que las transformaciones socioeconómicas que acompañaron al “campaniforme” no fueron



iguales en todas partes, algo en lo que a no dudar ha tenido mucho que ver el “descontexto” de la mayoría de los “materiales campaniformes” de los que se compone el registro, pero sobre todo, con la ausencia de adecuadas perspectivas teóricas, geográficas y cronológicas desde las que abordar el análisis de estas diferencias (Garrido, 2005).

Para explicar de modo más adecuado el proceso histórico en el que hacen aparición las cerámicas y el resto de “elementos campaniformes” registrados en el ámbito del Levante peninsular, deberemos situar a éstos en el plano contextual que les corresponde: como una parte más de los objetos cuya producción y consumo se hizo necesaria como medio de reproducir la vida social. Pero no seremos capaces de interpretar adecuadamente la naturaleza de los cambios que hicieron posible su incorporación al registro si no es a partir del análisis y explicación de los procesos desarrollados previamente, a partir de los cuales se generaron las condiciones para que se produjeran tales transformaciones.

A nuestro juicio, la *historia* del III milenio BC en el territorio comprendido entre la cuenca del río Júcar, al norte, y la cuenca del río Guadalentín, al sur, viene marcada fundamentalmente por el progreso en paralelo de dos procesos cuyo desigual desarrollo a escala macrorregional se determina en instancias diferentes pero no disociadas:

- uno a nivel intrasocial, cuyo motor reside en la resolución de las contradicciones generadas en la reproducción de las sociedades que ocupaban dicho territorio;
- y otro a nivel intersocial, cuya naturaleza viene fundamentalmente determinada por la proyección al exterior de la sociedad de los efectos resultantes de la resolución de esas mismas contradicciones.

Entre otros aspectos, con el primero de estos procesos debemos relacionar la progresiva –pero desigual– consolidación de la apropiación objetiva del espacio productivo por parte de los grupos del Levante y Sudeste peninsulares a lo largo del IV y III milenios BC, mientras que el segundo se vincula, ante todo, con la expansión en el territorio de las relaciones de explotación intersocial generadas en la reproducción ampliada del entramado social, económico y político articulado en torno al sistema-mundo del Valle del Guadalquivir (Nocete, 2001) y que en lo que atañe de manera más directa a nuestra exploración, se relaciona fundamentalmente con el “ámbito millarensis”, así como con los procesos de reacción y/o de resistencia social a estas relaciones de explotación desarrollados en el seno de las sociedades colindantes.

## **II.1. La apropiación objetiva del espacio de producción**

Como ha recordado recientemente L. F. Bate (2004: 27), el elemento que en esencia determina la calidad de las relaciones sociales de producción de las formaciones sociales tribales no es tanto su modo de vida –agricultor, pastoril, cazador-recolector, pescador...– como el establecimiento de la propiedad comunal sobre el objeto de trabajo –y no sólo su *posesión*– como condición para el desarrollo del proceso productivo.

Resulta evidente que la intensificación en la explotación agropecuaria de un territorio conlleva el incremento del volumen de trabajo comprometido en la obtención de un rendimiento aplazado, lo cual impone aumentar las garantías de apropiación de *la tierra*, receptora de una mayor inversión de trabajo social. Es en esta necesidad en la que halla fundamento la prevalencia que adquieren los lazos de parentesco, al enfatizar su papel de vínculo capaz de identificar como grupo propietario y mantener unidos a los miembros de las unidades productivas. Perpetuar esta apropiación determina a su vez una jerarquía genealógica, que a nivel de conciencia social sitúa en un plano superior a aquellos miembros del linaje –los mayores– que precedieron a los demás en el trabajo de la tierra y contribuyeron a la producción de la simiente, con la que las sucesivas generaciones que se incorporan a la producción pueden sembrar los campos para reproducir el ciclo agrícola (Meillasoux, 1985: 66). Es así como en la esfera ideológica la justificación en el derecho de explotación de un territorio se sitúa en un plano que de forma específica relaciona al grupo tribal con sus antepasados: aquéllos a quienes todos deben la simiente y que hicieron por primera vez productiva la tierra (Sahlins, 1977b: 126; Godelier, 1974: 88). De este modo, la disposición de un gran número de necrópolis y áreas de inhumación colectiva, distribuidas a partir del IV milenio BC en los lindes y áreas de paso entre cuencas y valles, constituiría el argumento con el que defender la precedencia del linaje ocupante en sus derechos de uso y explotación de los recursos, heredados de los antepasados que desde emplazamientos estratégicos vigilan el territorio y, sobre todo, sus vías de acceso (Vicent, 1990; Bernabeu, 1995; Cámara, 2000).

Sin embargo, también podemos vincular con este proceso los datos que reflejan incrementos significativos en la distribución y circulación de productos en el ámbito del Levante peninsular, como en el caso del intercambio regional de manufacturas líticas cuya progresión será constante a lo largo del IV y III milenios BC (Orozco, 2000; Ramos Millán, 1999). Esta importancia y amplitud de los intercambios, correlativa a la menor movilidad de unos grupos humanos circunscritos en territorios controlados de forma cada vez más exclusiva, parece radicar en el hecho de que cuanto mayores son los obstáculos para acceder libremente a recursos desigualmente repartidos en el territorio –y no sólo recursos naturales, sino también y en especial a las mujeres, de las que depende la producción de fuerza de trabajo (Meillasoux, 1985)– mayor será la competencia por ellos, y mayor por tanto el riesgo potencial de enfrentamientos violentos por su control que sólo pueden terminar provocando mermas más o menos importantes en la capacidad de trabajo. Así, la necesidad de establecer pactos de “no agresión” conforme se establecen límites socialmente aceptados entre diferentes territorios estimuló la creación de amplios circuitos de transferencia de productos, en un marco dominado básicamente por el *intercambio equitativo*, en donde sobre todo se tenía en cuenta el vínculo social establecido, pero que a su vez obligaba a intensificar una producción artesanal destinada a satisfacer las necesidades generadas por estos intercambios.

Sin embargo, esta tendencia a incrementar la productividad del trabajo artesanal chocaba frontalmente con los principios articuladores de una sociedad en la que la supervi-

vencia dependía de garantizar la reproducción y el aprovechamiento del ciclo agrícola en un espacio apropiado socialmente, cuyas posibilidades de explotación se hallaban sujetas a la condición de pertenencia al grupo propietario del mismo (Godelier, 1974: 88; Ruíz Rodríguez, 1978: 20), lo que determinaba a su vez la necesidad social de garantizar a todos los miembros ese aprovechamiento manteniendo un bajo nivel técnico de los instrumentos de trabajo involucrados en la producción agropecuaria básica.

La consecuencia más claramente perceptible de ese principio fundamental fue un necesario bloqueo tecnológico en el desarrollo de los medios de producción subsistencial, el cual explica,

- de una parte, el que las herramientas de trabajo agrícola apenas experimentaran cambios sustanciales a lo largo de varios miles de años;
- de otra, que el incremento de la producción agrícola sólo pudiera hacerse realmente efectivo a través del aumento de la fuerza de trabajo (es decir, un mayor número de hombres y mujeres trabajando);
- y finalmente, que a lo largo del IV y III milenios BC las actividades de producción artesanal nunca pudieran llegar a desarrollarse como un verdadero sector productivo al margen de la producción agropecuaria, pues el desarrollo técnico necesario para su intensificación y diversificación quedaba en última instancia bloqueado al depender éste de la disponibilidad de fuerza de trabajo sustraída al desempeño del trabajo agrícola.

Si bien al principio la producción artesanal destinada al intercambio pudo cubrirse adecuadamente empleando sólo el tiempo disponible durante la etapa improductiva del ciclo agrícola, a medida que éstos fueron creciendo en importancia, estimulados por un sector de la sociedad cuya relevancia social se veía acrecentada proporcionalmente gracias a ellos (Terray, 1977), el incremento en la producción artesanal ya sólo podía alcanzarse mediante un aumento previo y necesario de la producción agropecuaria básica, de modo que fuera posible garantizar el sustento de los miembros de las unidades productivas destinados a generar esta plusproducción de bienes artesanales mientras se encontraran produciéndolos (Sarmiento, 1992: 95), y dado el bloqueo socialmente impuesto al desarrollo de los medios de producción agrícola, tal incremento sólo podía obtenerse intensificando los mecanismos de disposición de fuerza de trabajo.

Es así como en esta nueva situación, el papel dominante de los individuos situados al frente de los linajes de la comunidad no se encontraría apoyado tanto en el desempeño de su papel como coordinadores de los equipos de trabajo o en su autoridad como individuos de avanzada edad —es decir, en su calidad de depositarios de un alto grado de “saber social” y de conocimientos técnicos del proceso productivo— como en el control que directa e indirectamente ejercieron sobre la fuerza de trabajo (Meillasoux, 1985; Terray, 1978). Y puesto que el volumen de fuerza de trabajo sujeta a control se constituyó en la medida en virtud de la cual se otorgaban socialmente los puestos de mayor rango en la escala del prestigio y la autoridad, es fácil entender por qué aquellos objetos cuya

posesión denotaba una inversión mayor de la misma se convirtieron en los símbolos de tal autoridad, y también por qué es en este momento y no en otro –y por qué en determinadas regiones peninsulares antes que en otras– cuando comienzan a aparecer en el registro productos elaborados en materias primas de procedencia extrapeninsular como el marfil, el ámbar o la cáscara de huevo de avestruz (Nocete, 2001). La obtención de este tipo de productos adquirió así una importancia esencial como instrumento para expresar –y también para crear– diferencias de rango social, circunstancia de donde parte el interés de los dirigentes de la comunidad en garantizar e incrementar progresivamente la manufactura y disposición de estos productos y de estimular y aumentar la producción de bienes con los que obtenerlos a través de los circuitos de intercambios recíprocos de los que, por otra parte, se les había otorgado socialmente el control.

Por último, si el afán de garantizar un flujo constante de productos manufacturados con los que habilitar relaciones de carácter social entre grupos pudo servir de acicate para incrementar el número de trabajadores, no menos importante debió ser el deseo de procurar la defensa del producto almacenado –que lo será en cantidades cada vez mayores y en torno al cual se irá produciendo un progresivamente acelerado proceso de nuclearización del poblamiento– y del espacio de producción apropiado, para lo cual resultaba también indispensable contar con el mayor número posible de efectivos. Uno y otro factor, pues, constituyeron el auténtico estímulo del crecimiento demográfico experimentado.

## **II.2. La desigualdad intersocial y la teoría de los “Sistemas Mundiales”**

Desde el registro arqueológico, podemos relacionar claramente con estos procesos no sólo el incremento de asentamientos constatado sino también el elevado número de cavidades empleadas como necrópolis de inhumación múltiple que están siendo utilizadas hacia la segunda mitad del IV milenio BC, tanto en las comarcas centro-meridionales valencianas (Soler Díaz, 2002) como en el Sistema Ibérico (Lorenzo, 1990; Molina y Pedraz, 2000) y el área sudoriental de La Mancha (Hernández y Simón, 1993: 37; Hernández, 2002: 14). En cambio, en las cuencas del Segura y del Guadalentín se abre una zona en la que este tipo de prácticas funerarias entra en contacto con el área máxima de expansión hacia el este de las necrópolis de tipo megalítico (San Nicolás, 1994; Lomba, 1999), lo que pone de relieve la existencia de una dicotomía en este tipo de prácticas sociales en una zona muy concreta que no puede interpretarse más que como área de contacto entre dos sociedades con sensibles diferencias en los medios empleados para expresar y justificar ideológicamente la apropiación del espacio productivo (fig. 3).

La constatación de estas diferencias en el registro regional no es, por supuesto, algo que se revele ahora como novedad. Antes al contrario, hace ya bastante tiempo que se señaló la ausencia del “fenómeno megalítico” como rasgo especialmente caracterizador de los grupos del “Eneolítico valenciano” frente a los del resto de la península (Tarradell, 1963), y que en general se han explicado siempre en términos de “marginalidad”, “per-

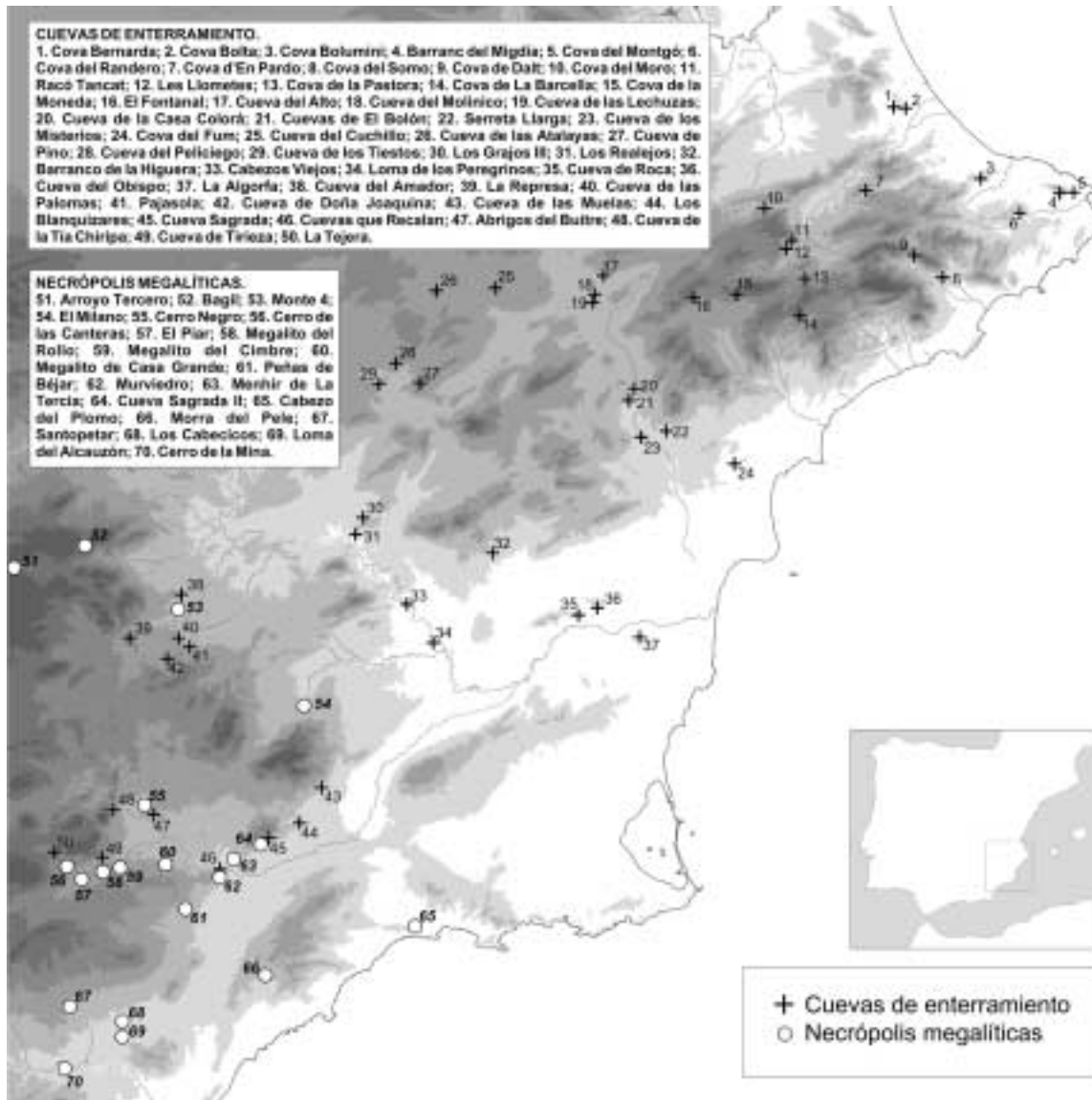


Fig. 3.- Distribución de las principales necrópolis documentadas entre el valle del Júcar y el valle del Guadalquivir entre ca. 3000 y ca. 2500 BC.

sonalidad” o “regresividad” culturales con respecto al Sudeste. Sin embargo, no ha sido sino hasta fechas relativamente recientes cuando han comenzado a realizarse propuestas explicativas capaces de dar cuenta de esta diferenciación y “gradación” de rasgos evidenciados en el registro, en términos distintos a los del consabido mayor o menor “atenuamiento” de las “influencias culturales” o en la constatación del mayor o menor “retardamiento” de unas culturas con respecto a otras.

En la medida en que las condiciones de existencia y de reproducción de las sociedades que estamos analizando pudieron hallarse determinadas —en la escala e intensidad que fuese— por los procesos de producción y reproducción social de otras sociedades contemporáneas, no será posible plantear por separado el análisis de unas y de otras. Es decir, si existió un nivel de *desarrollo desigual* (Amín, 1976) entre los grupos del IV y III milenios BC del cuadrante sudoriental peninsular, la explicación del proceso histórico que los involucra no podrá plantearse más que desde la de cada una de esas sociedades y de la naturaleza de las desigualdades establecidas entre ellas.

La progresiva consolidación de la apropiación objetiva del espacio de producción y el necesario aumento de la cohesión grupal relacionado con ésta, favoreció una identificación de carácter excluyente con respecto al territorio apropiado (Cámara, 2000: 104), en la cual se encuentra explicación a la tendencia a trasladar al exterior —o sea, hacia *los otros*— los efectos de la contradicción fundamental generada en el seno de estas sociedades y que, como hemos visto, resultó de la compensación de la precariedad determinada por el bajo nivel técnico de los medios de producción agrícola y el escaso volumen de plusproducción generado mediante un alto grado de desarrollo de los mecanismos de gestión y coordinación de la fuerza de trabajo, materializados en la creación y el desempeño de determinados puestos de responsabilidad social capaces de canalizar adecuadamente los lazos de solidaridad y las relaciones intersociales concretadas en los intercambios regionales de productos (Nocete, 2001: 25).

Pero al mismo tiempo, al institucionalizarse la *escasez* como característica determinante de los objetos que posibilitaban el acceso y expresaban socialmente el desempeño de estos papeles de prestigio, en función del número también escaso de los mismos (Godelier, 1974: 34) y dado que estos productos “escasos” eran precisamente aquéllos que al atravesar los límites de la reciprocidad establecidos en los ámbitos de contacto intersocial, podían obligar a contrapartidas mayores de productos locales, su circulación, distribución y consumo permitió también establecer las bases para el desarrollo de unas condiciones de explotación entre sociedades (Bate, 1984: 79).

La aparición de disimetrías en estos procesos de intercambio intersocial —o, lo que es lo mismo, de explotación— y sus efectos, es algo que sólo puede percibirse a través del análisis del territorio concebido no como una unidad de carácter meramente ecológico, sino como el espacio de expresión reconocible de las formaciones económico-sociales, lo que le confiere un contenido esencialmente económico y político (Ruiz Rodríguez et al., 1986: 76; Nocete, 1989: 38) capaz de ofrecer nuevas perspectivas a la investigación, como a nuestro juicio han evidenciado los recientes ejemplos en los que se han puesto en práctica programas de investigación basados en la Teoría de los Sistemas Mundiales (Nocete, 2001; Kristiansen, 2001).

Por nuestra parte, creemos que existen datos suficientes como para considerar la existencia de evidentes desequilibrios a nivel regional en el consumo de determinados productos entre las sociedades peninsulares del III y II milenios BC, que a la postre no expre-

san más que desigualdades regionales en la capacidad de movilización y captación de recursos. Pero para que el desarrollo de dichas desigualdades pueda percibirse, analizarse y por tanto ser explicado, resulta a nuestro juicio imprescindible establecer unidades de observación territorial muy superiores a las ópticas de alcance local o regional que habitualmente se han empleado en la investigación, obligando a considerar no sólo el espacio social en el que se desarrolló y reprodujo cada sociedad, sino también el ámbito total que abarcó –en su caso– el sistema en el que éstas se encontraban integradas (Nocete, 1999).

Es probable que entre finales del IV y durante el III milenio BC el sistema abarcara prácticamente a toda la mitad meridional de la Península Ibérica (Nocete, 2001). Sin embargo, creemos que para una adecuada observación de los procesos vinculados con la problemática que específicamente nos ocupa en este trabajo, resultará factible reducir dicho ámbito al territorio comprendido entre el cauce del Júcar, al norte, y la cuenca del Guadalentín, al sur, atendiendo no sólo a las diversas calidades que ofrece el registro empírico en las distintas áreas regionales en él incluidas, sino teniendo además presente su situación con respecto a la articulación global del sistema del que formó parte esta zona en sus diferentes diacronías.

### **III. OBSERVACIONES DE UNA ADECUADA UNIDAD DE ANÁLISIS TERRITORIAL EN UN INTERVALO CRONOLÓGICO PERTINENTE**

Como ya hemos señalado, entre mediados del IV y mediados del III milenio BC se hace geográficamente reconocible la existencia de al menos dos sociedades concretas dentro del marco territorial seleccionado para este estudio:

- la que ocupó el área suroccidental de la actual provincia de Murcia, especialmente en el ámbito del Valle del Guadalentín, Mazarrón y Campo de Lorca, cuyos límites orientales pueden identificarse *grosso modo* con la zona de máxima expansión hacia el este de las necrópolis megalíticas;
- y la que se reconoce fundamentalmente al norte y al este de la cuenca del río Segura, y que se extiende hacia el Levante peninsular, donde las construcciones de carácter megalítico son inexistentes y las principales necrópolis se ubican invariablemente en el interior de cavidades naturales.

Pero junto a la dicotomía que expresa esta desigual distribución geográfica de determinadas prácticas funerarias, hallamos también otras diferencias en el registro, como el disimétrico reparto de las producciones cerámicas con almagra, de los vasos de piedra decorados o de los productos metálicos, entre otros, a las que se añaden otras disimilitudes que se reconocen con mayor claridad a lo largo de la secuencia cronológica, como la diferente diacronía que ofrecen unos determinados modelos de organización y gestión del espacio apropiado.

Así pues, será contemplando en escalas adecuadas a la vez el tiempo y el espacio como se hará posible la observación de las relaciones e interacciones establecidas entre estas dos formaciones sociales a lo largo de casi dos mil años de historia, intervalo que, debido a las diferentes calidades del registro empírico disponible, nos hemos visto forzados a delimitar en dos bloques cronológicos principales:

- el que se establece entre ca. 3500 BC y ca. 2500 BC, por una parte;
- y el que ocupa el período comprendido entre ca. 2500 BC y ca. 2000 BC, por otra.

### **III.1. El registro arqueológico del IV y III milenios BC entre el Valle del Júcar y la Cuenca del Segura**

Sin duda, el valle del Serpis y la Vall d'Albaida siguen siendo en la actualidad las zonas mejor conocidas de toda esta área, gracias a una larga trayectoria investigadora de más de una década centrada en la problemática del surgimiento y desarrollo de las primeras sociedades agrícolas de la fachada mediterránea peninsular (Bernabeu, 1995). Es por este motivo que los datos más relevantes para la caracterización de estos grupos proceden básicamente de los enclaves excavados en Jovades (Bernabeu et al., 1993), Niuet (Bernabeu et al., 1994), Colata (Gómez Puche et al., 2004), Camí de Missena (Pascual, Barberá y Ribera, 2005) y Arenal de la Costa (Bernabeu et al., 1993), no existiendo en la región ninguna otra zona para la que se disponga de tanto y de tal calidad de registro como el obtenido en estos yacimientos. En cualquier caso, ello no impide reconocer en todo el ámbito territorial seleccionado características muy similares a las observadas en esta área en cuanto a la ubicación de los asentamientos y de los espacios funerarios (fig. 3 y 4).

#### *a) ca. 3500-ca. 2500 BC*

En efecto, a lo largo y ancho del territorio comprendido aproximadamente entre el Júcar y el Segura aparecen distribuidos, entre mediados del IV y mediados del III milenio BC, toda una serie de emplazamientos a menudo definidos como “poblados de silos” (Gómez Puche et al., 2004), y que artefactualmente caracterizan el Neolítico IIB de la periodización propuesta por J. Bernabeu (1993; 1995). De la mayoría apenas contamos con unos cuantos objetos procedentes de prospecciones o, con fortuna, de algunos datos estratigráficos. De otros, en cambio, se cuenta con un registro abundante y con información generada a lo largo de muchos años de trabajo, como sucede en la Ereta del Pedregal, en Navarrés, reexcavada a inicios de los años noventa (Juan-Cabanilles, 1994). A menudo la existencia de asentamientos de esta cronología sólo puede deducirse de la localización de importantes necrópolis de inhumación múltiple en cuevas y grietas rocosas que hacen suponer la existencia de núcleos habitados en sus alrededores, como ocurre en La Safor, en La Marina, en el Camp d'Alacant y en la Foia de Castalla (Soler Díaz,



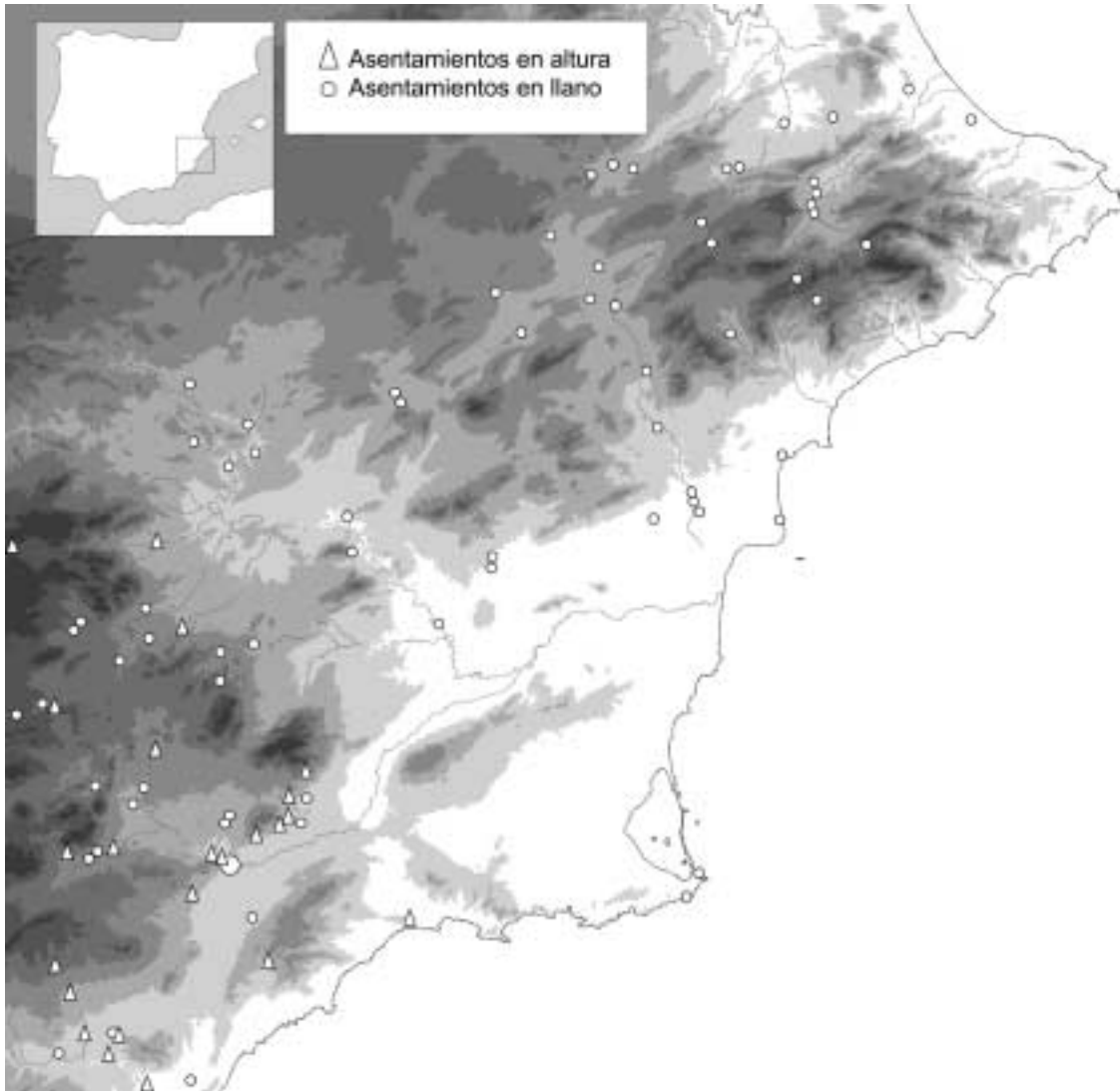


Fig. 4.- Distribución de los principales asentamientos registrados entre el valle del Júcar y el valle del Guadalentín entre ca. 3000 BC y ca. 2500 BC.

2002), teniendo tan sólo indicios muy parciales acerca de algunos asentamientos, invariablemente emplazados en el llano y en los que se documentan de manera reiterada estructuras siliformes excavadas en el suelo (Aparicio, Gurrea y Climent, 1983; Belda, 1929; Fairén y García, 2004). Nueva información ha proporcionado la excavación de enclaves costeros como la Playa del Carabassí, de Elche, donde recientemente se ha podido constatar la existencia de un asentamiento de carácter presumiblemente estacional (Soler Díaz et al., 2005) o la documentación del yacimiento de La Torreta, en Elda (Jover et al., 2001), a escasa distancia de la necrópolis de la Cueva de la Casa Colorá (Her-

nández Pérez, 1982) y que permite ampliar el registro ya conocido de otros emplazamientos de esta cronología registrados en el valle del Vinalopó, como los señalados por J. M. Soler (1981) en el Arenal de la Virgen, Casa de Lara (Fernández López de Pablo, 1999) y La Macolla (Guitart, 1989) asociados a diversas cuevas de enterramiento múltiple, como la Cueva del Alto o la Cueva de las Lechuzas, entre otras, así como los excavados por A. Ramos Folqués (1989) y R. Ramos Fernández (1981) en la Figuera Redona y El Promontori, en Elche.

Igualmente, y pese a lo fragmentario de la información, hacia 3000 BC tendríamos ocupadas ya varias zonas llanas en el fondo del valle de Yecla, con asentamientos en todo similares a los ya comentados del Vinalopó o Serpis, como los de La Balsa y La Ceja (Ruiz, Muñoz y Amante, 1989; Vicente, 1998). En el mismo momento se registra también una ocupación de las tierras llanas en Jumilla, atestiguada en El Prado, La Borracha y Santo Costado (Walker y Lillo, 1983; Molina Grande y Molina García, 1991) y también evidencias de enterramientos coetáneos en cavidades como la Cueva de las Atalayas (Simón, Hernández y Gili, 1999: 21) en Yecla, y la Cueva de los Tiestos, en Jumilla (Molina Burguera, 2004).

Aún más hacia el interior, los últimos datos publicados señalan también diversos enclaves a los que se atribuye una cronología del IV y III milenios BC (Jordán, 1992), aunque tan sólo uno –Fuente de Isso, en Hellín– ha sido apenas excavado (López y Serna, 1996). Constatada la ausencia de construcciones de tipo megalítico, también las evidencias funerarias parecen quedar restringidas en esta zona a cuevas de inhumación múltiple, como la Peña del Gigante de Tobarra (Hernández, 2002: 14). Y por lo que respecta al denominado Corredor de Almansa, la mayoría de los indicios se refieren a cuevas sepulcrales como la Cueva de Mediabarba o de las Calaveras, en Montealegre del Castillo, y la Cueva Santa, en Caudete (Hernández y Simón, 1993: 37), teniéndose sin embargo noticia de algún yacimiento situado en llano (Pérez Amorós, 1990).

#### *b) ca. 2500-ca. 2200 BC*

A partir de mediados del III milenio BC parece darse un cambio en las estrategias de ocupación del territorio en una amplia porción del espacio que acabamos de recorrer, traducido básicamente en la aparición de una corta serie de enclaves ubicados sobre altozanos, escarpes y peñas, con amplia visibilidad sobre las cuencas y valles, frente a otro grupo de asentamientos que siguen ocupando terrazas fluviales en lugares cercanos a las zonas de mayor rendimiento agrícola.

Sin embargo, si en la zona de la Vall d'Albaida, La Costera, L'Alcoià y El Comtat todos los yacimientos conocidos –como L'Atarcó, Arenal de la Costa, Mas del Barranc o Mas del Moreral– mantienen su emplazamiento preferente sobre cauces fluviales, en terrazas o, en general, en lugares escasamente elevados con respecto al llano circundante, las prospecciones realizadas han permitido constatar en la cabecera del río Vinalopó y

en el curso del río Clariano varios yacimientos sobre cerros y elevaciones –como la Serrella, en Banyeres, y el Cabeço de Sant Antoni, en Bocairent (Pascual Beneyto, 1993: 120, 121)– que aparecen jalonando los pasos principales entre cuencas, pauta que observamos de manera reiterada a lo largo del Valle del Vinalopó. Así, el Peñón de la Zorra y el Puntal de los Carniceros controlan la salida del Valle de Benejama hacia el Vinalopó; El Monastil y El Canalón el acceso entre el Medio y Alto Vinalopó; y Tabaià la puerta hacia el Camp d’Elx y el camino hacia la costa y la desembocadura del Segura. Asimismo, las informaciones publicadas permiten constatar en algunos de ellos la existencia de murallas, como ocurre en el Peñón de la Zorra (Soler García, 1981; Jover, López y López, 1995). Y junto a la aparición de estos enclaves, se registra un aparente abandono de algunos de los asentamientos emplazados en las tierras bajas del valle y también la continuidad de otros ubicados asimismo sobre el llano agrícola, cercanos a humedales o sobre el mismo cauce del río, como Las Terrazas del Pantano, Casa de Lara, La Alcudia, Figuera Redona o El Promontori (Jover y Segura, 1997; Soler García, 1981; Ramos Fernández, 1984).

Algo similar parece ocurrir en la zona de Jumilla, donde si bien resulta difícil precisar el momento exacto de abandono del asentamiento de El Prado –dada la ausencia de cerámicas campaniformes y, en cambio, la presencia de un cincel y un punzón metálicos en los niveles superiores del yacimiento (Simón, Hernández y Gili, 1999: 21) y a pesar de que alguna de las fechas radiocarbónicas obtenidas (lamentablemente descontextualizadas) parecen situarse próximas a mediados del III milenio BC (Eiroa y Lomba, 1998: 102)– los indicios registrados en la Herrada del Tollo, al pie de la vertiente noreste de la Sierra de Santa Ana, parecen otorgar una cronología avanzada a este emplazamiento (Gil y Hernández, 1999: 29) ubicado en las proximidades de Coimbra del Barranco Ancho, un enclave en altura en donde se han registrado puntas metálicas de tipo Palmela y afiladores de arenisca perforados (Simón, Hernández y Gili, 1999).

Por tanto, hacia mediados del III milenio BC parece quedar configurado en el área de Jumilla un modelo de ocupación del territorio análogo al constatado en el Valle del Vinalopó, pues Coimbra del Barranco Ancho parece repetir en esta área la misma función de control de paso entre cubetas geográficas, dominando no sólo las tierras llanas de Jumilla sino también sus comunicaciones, a través de la Rambla del Judío, con el valle del Segura, mientras que a sus pies, en la Herrada del Tollo, aparece un núcleo de población que conserva en cuanto a su localización las peculiaridades de los asentamientos del IV milenio BC.

Por fin, mucho peor documentados pero perfectamente ajustados a este mismo modelo de poblamiento encontraríamos otros yacimientos, como el Puntal del Olmo Seco, en Ayora, donde se señaló la presencia de estructuras identificadas como unidades habitacionales (Bernabeu, 1984: 108) sobre un cerro elevado que se ocupó al parecer en la segunda mitad del III milenio BC (Juan Cabanilles, 1994: 94) controlando el acceso al Valle de Cofrentes y al Alto Júcar, situación semejante a la de El Castellar, en Ontinyent

(Ribera, 1989), que quizá ejerció un control similar del paso entre la Valleta d' Agres y la Vall d' Albaida.

### **III.2. El registro arqueológico del IV y III milenios BC en la Cuenca del Segura y del Guadalentín**

Al margen de algunos pocos trabajos relacionados específicamente con el análisis del territorio –como los llevados a cabo en la Comarca del Noroeste (López García, 1991) o en las zonas de Lorca (Ayala, 1991) y Mazarrón (Risch y Ruiz, 1994), entre otras– tan sólo contamos con algunas interesantes valoraciones que aun partiendo de un volumen muy fragmentario de información, ceñida casi exclusivamente a unos pocos yacimientos excavados, ofrecen a nuestro juicio datos relevantes al análisis que nos ocupa (Lomba, 1996, 2001; Martínez Sánchez y San Nicolás, 2003).

#### *a) ca. 3500-ca. 2500 BC*

Por lo que respecta al valle del Segura, la información actualmente disponible se basa sobre todo en prospecciones superficiales, rara vez llevadas a cabo con carácter sistemático, que no permiten precisar adecuadamente la cronología de las ocupaciones detectadas, a menudo atribuidas a un “eneolítico” imprecisamente definido en la mayoría de los casos. Prácticamente en todo el valle, sin embargo, encontramos esporádicamente señalados en el mapa una serie de enclaves que muestran las mismas características que los asentamientos que hemos reconocido hasta ahora en Alicante, Altiplano de Yecla y Jumilla o en la comarca de Hellín, siempre establecidos sobre terrazas fluviales, suaves pendientes o, todo lo más, pequeñas elevaciones o lomas de poca envergadura apenas destacadas del llano circundante, y siempre en las proximidades de zonas endorreicas o del cauce de ríos o ramblas. Es el caso de la Fuente de las Pulguinas, en Cieza (Lomba y Salmerón, 1995), de la Umbría del Mortero, en Abarán (Lisón, 1983) o del Cabezo de la Zobrina, en Alguazas (Ayala Hurtado, 1977) y La Fuente y Charco Junquera, en Fortuna (Matilla y Pelegrín, 1987) y cuyo modelo vemos extenderse hacia oriente y hacia el sur en los emplazamientos costeros de Calblanque y de Las Amoladeras, en Cabo de Palos (García del Toro, 1987; 1998), en donde la explotación de los recursos marinos debió tener una gran importancia.

Del mismo modo, las necrópolis hasta ahora localizadas se emplazan en cuevas y simas situadas en los relieves cercanos, como Los Grajos III y Los Realejos, en Cieza (Lomba y Salmerón, 1995), Cabezos Viejos, en Archena (Lomba, 2002), Barranco de la Higuera, en Fortuna (García del Toro y Lillo, 1980), Loma de los Peregrinos, en Alguazas (Fernández de Avilés, 1946; Nieto, 1959) o la Cueva de Roca, en Orihuela (Moreno, 1942) que repiten en gran medida las pautas señaladas ya en las necrópolis del Prebético

meridional valenciano al respecto de la composición de los ajuares y su ubicación en el territorio.

Sin embargo, apenas poseemos información sobre la organización y distribución de las unidades habitacionales y áreas de actividad de estos asentamientos, aunque por las evidencias recuperadas podemos inferir su sintonía con las registradas en algunos yacimientos del valle del Argos, como Casa Noguera, en Caravaca de la Cruz, o Los Molinos de Papel, en Archivel, que desde fechas recientes se vienen excavando y que han proporcionado un extenso y variado conjunto de estructuras subterráneas definidas como fosos, fondos de cabañas, fosas y silos de almacenamiento, en algunas de las cuales se han practicado inhumaciones tanto simples como dobles e incluso múltiples (García y Martínez, 2004), de las que al menos una debe situarse cronológicamente a partir de mediados del III milenio BC (Pujante, 2001: 21; Martínez Sánchez y San Nicolás, 2003: 159).

En contraste con lo que apreciamos en la cuenca del río Segura, el área de Lorca y en general la región suroccidental murciana ofrece un panorama sensiblemente distinto hacia esos mismos momentos, habiéndose documentado un cierto número de asentamientos a lo largo de la cuenca del Guadalentín que, en opinión de J. Lomba (1996: 325; 2001: 22) constituirían el límite oriental de distribución significativa de las producciones cerámicas con decoración a la almagra, cuya ausencia en los asentamientos de la cuenca del río Segura resultaría bastante notoria comparativamente (Lomba, 1992).

A. Martínez (1999: 29) ya hacía notar que la mayoría de los asentamientos lorquinos podía agruparse en dos tipos de emplazamientos distintos, según se dispusieran sobre laderas o pequeñas elevaciones en la confluencia de cañadas, ramblas o ríos –caso de El Capitán, Chorrillo Bajo, Valdeinfierno, Agua Amarga, Xiquena I y II o Torrealvilla, entre otros– o sobre relieves más elevados, controlando visualmente vías de comunicación –como La Parrilla y La Quintilla– e incluso algunos, como El Castellar o el Cerro de la Salud, implantados sobre la cima de relieves destacados que dominan los terrenos circundantes.

De los primeros –dejando al margen el importante asentamiento ubicado bajo el casco urbano de la ciudad de Lorca, del que trataremos más adelante– la información disponible para el Campo de Lorca se restringe por ahora básicamente a los poblados del Chorrillo Bajo (Ayala, Jiménez y Gris, 1995) y El Capitán (Gilman y San Nicolás, 1995), y ello a pesar de que prácticamente en ninguno de los dos se han llegado a realizar excavaciones sistemáticas en extensión. Al parecer, tanto en uno como en otro yacimiento la totalidad de las estructuras localizadas corresponde a silos y supuestos fondos de cabaña excavados en el terreno, que podemos suponer semejantes a los hallados en su día en Campico de Lébor, en Totana (Del Val, 1948).

Por el contrario, en algunos de los enclaves localizados en cotas más elevadas y junto a los silos y estructuras de almacenamiento características, se constatan unidades de habitación de planta de tendencia circular pero que cuentan con zócalos de piedra, como en La Parrilla (Lomba, 1996: 326), apareciendo en algunos también, como ocurre en el

Cerro de la Salud, testimonios que podrían indicar la presencia de obras de fortificación (Eiroa, 2005: 24). La fecha radiocarbónica obtenida en este último yacimiento, situada en torno a 2800 BC (Eiroa y Lomba, 1998) fija en las primeras centurias del III milenio BC la presencia en la región de Lorca de un patrón de asentamiento que está primando con claridad el control y dominio visual del espacio de explotación, insinuándose en algunos casos, y evidenciándose en otros, la inversión de trabajo en la construcción de estructuras pétreas con funciones defensivas.

Así pues, con la cautela a la que obliga la precariedad de la información hasta ahora producida –procedente en su gran mayoría de materiales recogidos en prospecciones superficiales y de yacimientos que en ocasiones presentan una dilatada secuencia de sucesivas ocupaciones– es posible dibujar un panorama que, aunque difuso, señalaría no obstante la coetaneidad probable en esta zona de toda una serie de asentamientos emplazados en laderas, terrazas, lomas o, a lo sumo, suaves elevaciones de escasa entidad, distribuidos a lo largo de los principales cauces fluviales, con un conjunto de enclaves ubicados en relieves destacados que mayoritariamente parecen destinados a controlar los puntos estratégicos de acceso a los valles, y que en su mayoría presentan restos que denuncian la existencia de fortificaciones.

De este modo, la presencia del Cerro de la Salud al pie de la Sierra de La Tercia estaría asegurando el control del paso hacia Lorca a través del valle del Guadalentín, mientras que hacia el este otros asentamientos en altura, como Corral de Amarguillo o el Cerro de la Cueva de La Moneda, en Totana, controlarían el acceso al Campo de Lorca a través del paso que abre la Rambla de Lébor entre las sierras de Espuña y La Tercia, y que conectan el Campo de Totana con el Valle del Torrealvilla. Hacia el norte, el asentamiento amurallado de la Virgen de la Peña I, en Cehegín (Fernández et al., 1991), custodiaría el paso desde el valle del Segura remontando el curso del río Quípar, mientras que el yacimiento de Los Molinicos, en Moratalla (Lillo, 1987), posiblemente también fortificado en estos momentos, ejercería un papel semejante desde su estratégica posición, en la confluencia del río Benamor con la Rambla de Caravaca, desde donde se controla el paso hacia el oeste entre la Sierra del Cerezo y las estribaciones septentrionales de la Sierra de los Álamos. En la cabecera del Guadalentín, asimismo, hallamos también el poblado fortificado de El Estrecho, en Caravaca de la Cruz (Verdú, 1996; 2002), oportunamente emplazado sobre el paso que comunica el valle del Quípar y el Alto Guadalentín a través de la Rambla de Los Royos y de la Rambla del Cantar. Y hacia el oeste, sobre el camino que abre el valle del río Corneros hacia el Corredor de Vélez Rubio - Chirivel, encontramos nuevamente un poblado en altura, El Castellar, en Lorca, ubicado en las estribaciones septentrionales de la Sierra de La Torrecilla, mientras que al sur de la Sierra del Gigante, en la confluencia del río Corneros con el río Claro localizamos otro asentamiento amurallado en el Cerro de las Canteras, en Vélez Rubio (Motos, 1918). Por fin, el estratégico paso del Guadalentín entre las sierras de La Torrecilla y La Tercia, aparece

vigilado por el enclave fortificado de Murviedro, al que se asocia además la necrópolis megalítica más importante del área murciana (Lomba, 1999: 72).

A pesar de que las excavaciones de urgencia llevadas a cabo en fecha reciente en Murviedro han localizado básicamente un asentamiento del denominado “Bronce Tardío” (Pujante et al., 2003), la potente muralla con que cuenta el emplazamiento, de alrededor de un metro de espesor, delimita un recinto en el que se han hallado, junto con materiales de cronología argárica y postargárica, una gran abundancia de restos adscribibles al III milenio BC (Idáñez, Manzano y García, 1987), contemporáneos, por tanto, de las cada vez más numerosas evidencias localizadas en el subsuelo del casco urbano de Lorca, donde hacia finales del IV e inicios del III milenio BC hallamos un extenso poblado cuyas dimensiones reales no parece fácil precisar por ahora, pero que las excavaciones efectuadas permiten suponer muy importantes (Lomba, 2001: 39; Martínez Rodríguez, 2002; Pujante, 2003; García, Martínez y Ponce, 2002) y del que al menos en la calle Floridablanca pudo constarse la presencia de un foso, junto a silos y otras estructuras excavadas, para las que se dispone de dataciones radiocarbónicas que fijan su ocupación desde mediados del IV hasta mediados del II milenio BC (Martínez Rodríguez y Ponce, 2004).

Por tanto, hacia la primera mitad del III milenio BC el patrón de asentamiento del área de Lorca y del valle del Guadalentín, en general, parece haber estado conformado por una serie de asentamientos agrícolas emplazados sobre terrazas fluviales o, a lo sumo, sobre lomas con buen dominio visual pero maximizando siempre las posibilidades de intervención agrícola, en contraposición a emplazamientos fortificados situados sobre puntos estratégicos, decisivos tanto para el control de la circulación de personas y productos como para la vigilancia del propio proceso productivo (Lomba, 1996: 332) (fig. 4).

A todo ello se une además la aparición en el registro, a partir de estos momentos, de toda una nueva serie de productos como la cerámica simbólica, los vasos de yeso y de piedra y, por supuesto, el metal, cuya distribución, en general circunscrita a la zona occidental murciana, se ha puesto en relación con unos sólidos lazos de tipo ideológico con el ámbito “millarese” (Lomba, 2001: 27-29).

#### *b) ca. 2500-ca. 2200 BC*

Aunque por ahora resulte difícil precisar cronológicamente su comienzo, al menos a partir de mediados del III milenio BC se hace ya evidente la transformación de este modelo de articulación de los espacios habitados, denotando la activación de varios procesos que de forma notoria corren más o menos paralelos:

- por un lado, el inicio de un aparente abandono –con la notable excepción del yacimiento ubicado bajo el casco urbano de Lorca– de un buen número de los asentamientos localizados sobre piedemontes, terrazas fluviales o sobre lomas;
- por otro, la desocupación de algunos de los principales enclaves fortificados en

altura, vigentes hasta ese momento, como el Cabezo del Plomo, El Estrecho o el Cerro de la Salud, a los que probablemente se sumen otros, como el Cerro de la Virgen de la Peña, en los que la ausencia de excavaciones o la escasez de registro publicado impiden confirmar este extremo;

- y por último, la multiplicación de poblados ubicados invariablemente sobre cerros con amplio dominio visual sobre su entorno y favorables condiciones para la defensa.

En efecto, ni en Campico de Lébor, ni en El Capitán, Finca de Félix o Chorrillo Bajo, en Lorca, se encuentran cerámicas o productos adscribibles con claridad a la segunda mitad del III milenio BC, mientras que con frecuencia hallamos en sus cercanías poblados *ex novo* ubicados fundamentalmente sobre cerros, como el Cabezo Juan Clímaco, a escasamente 500 m del Campico de Lébor (Lomba, 1996: 333). A lo largo del cauce del Segura asistimos a un notable incremento de asentamientos de este tipo: el Castillo de Alcalá, El Murtal, Morrón de Bolbax, Cárcel de Totana, Monteagudo, Espeñetas, Cabezo de Redován y Castillo de Cox (Ayala e Idáñez, 1987; Bernabeu, 1984; Ros y Bernabeu, 1983; Diz, 1982).

La presencia de cerámicas campaniformes en muchos de los yacimientos argáricos posteriores como el Cerro de las Viñas, La Capellanía, La Ceñuela o Puntarrón Chico, entre otros, delatan la estrecha conexión existente entre la posterior formación y articulación del territorio argárico con el proceso que estamos comentando, evidenciado en ocasiones en los niveles fundacionales de esta cronología constatados en algunos de los asentamientos excavados, como por ejemplo en el Cerro de las Víboras de Bajil (Eiroa, 1995; 1998), Cerro de Las Fuentes, en Archivel (Brotóns, 2004: 231) o en Santa Catalina del Monte, en Verdolay (Ruiz Sanz, 1998). Y cuando esto no ocurre, también con mucha frecuencia se documenta el abandono de un poblado campaniforme adyacente o muy próximo a otro posterior argárico, caso del ya comentado Cerro de Juan Clímaco –junto a La Bastida– o de la mayoría de los poblados del sur de Alicante, como Espeñetas –próximo a San Antón–, el Rincón de Redován –cercano a Laderas del Castillo– o Les Moreres –junto a Pic de Les Moreres–. Significativamente, se trata de un proceso que a partir de los datos observables se advierte también más al sur, en las cuencas del Antas y del Almanzora, y en estos mismos momentos (Cámlich y Martín, 1999: 154).

Al final, pues, de esta exploración, y a la luz de los datos que es posible manejar en la actualidad, podemos observar un cambio sustancial en cuanto a los patrones de ocupación registrados en todo el territorio analizado entre ca. 3000 BC y ca. 2500 BC:

Si hacia finales del IV e inicios del III milenio BC podíamos distinguir dos áreas principales:

- el Valle del Guadalentín y, especialmente, el Campo de Lorca, en donde aparece una combinación de asentamientos en el llano, cercanos a los espacios de explotación agrícola, junto a enclaves en altura ubicados sobre puntos estratégicos para la comunicación entre cuencas;
- y por otra parte, el ámbito que se extiende desde el Valle del Segura hacia el este,



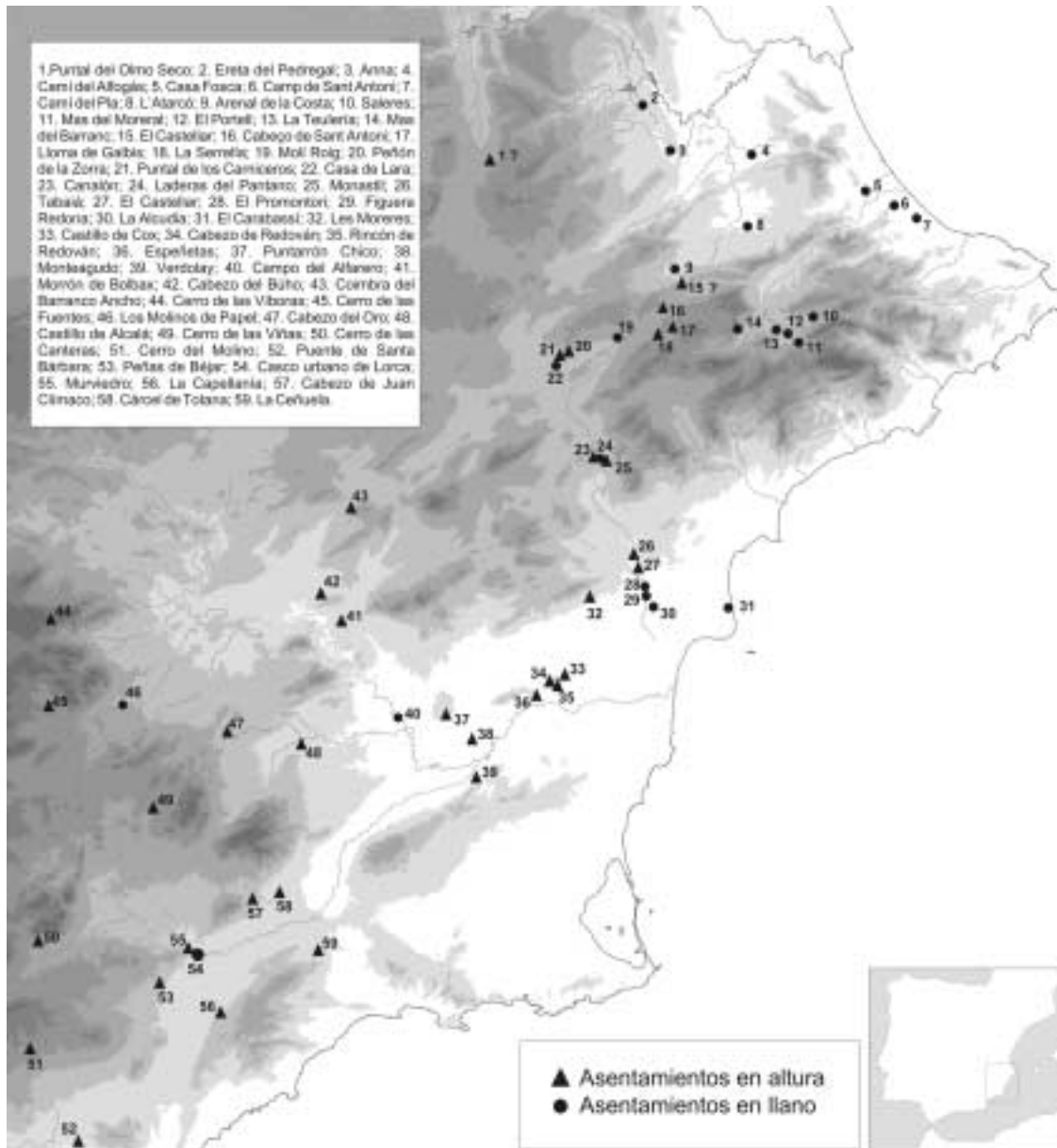


Fig. 5.- Distribución de los asentamientos localizados entre el valle del Júcar y el valle del Guadalentín entre ca. 2500 BC y ca. 2200 BC.

en donde sólo hallamos enclaves ubicados sobre el fondo de valle; el panorama que se dibuja hacia mediados del III milenio BC nos muestra, en cambio:

- de una parte, una cuenca del Segura que comienza a articularse territorialmente en función de un relativamente profuso grupo de enclaves establecidos principalmente sobre cerros con buenas defensas naturales y en algunos casos con murallas y estructuras defensivas;

- de otra, el Altiplano de Yecla y Jumilla, la Cubeta de Villena y el Valle del Vinalopó en donde se registra una dualidad semejante a la que advertíamos en el Valle del Guadalentín ca. 3000 BC: unos pocos asentamientos fortificados, emplazados en altura y con un amplio dominio visual, frente a enclaves dispuestos en el llano junto a los espacios de producción;
- y finalmente, la zona montañosa de Alicante, La Marina y los valles interiores que, como la Vall d’Albaida o La Costera conectan este territorio con el valle del Júcar, en donde el emplazamiento en el llano orientado preferentemente a la intervención agrícola continúa siendo prácticamente exclusivo (fig. 5).

#### **IV. UNA PROPUESTA DE EXPLICACIÓN DEL PROCESO HISTÓRICO: LA FORMACIÓN Y TRANSFORMACIÓN DE LA PERIFERIA “CAMPANIFORME” DEL LEVANTE PENINSULAR**

En términos de la teoría de Sistemas Mundiales, los tres ámbitos que hemos diferenciado en el territorio en estudio, constituidos a partir de mediados del III milenio BC y reconocibles en la evaluación del registro empírico que acabamos de realizar, podrían considerarse a nuestro juicio como resultado de la fase expansiva de un sistema-mundo, determinando una serie de transformaciones que, en su articulación en el espacio, se expresan en tres modelos diferentes de organización y gestión de la producción y de la generación y control de excedentes. Explicar los procesos por medio de los cuales se llegó a la conformación de estos tres ámbitos dentro de las dinámicas que impone el funcionamiento de un sistema-mundo significa para nosotros explicar la *historia* de las sociedades que ocuparon esta amplia porción del Levante y Sudeste peninsulares entre finales del IV y finales del segundo tercio del III milenio BC.

Ya vimos cómo la intensificación de la producción agropecuaria y su progresiva conversión en la principal rama productiva –lo cual determina el paulatino refuerzo del grado de fijación al territorio de explotación y de desarrollo de los mecanismos sociales de expresión de la apropiación objetiva del mismo, así como un significativo incremento en el grado de cohesión grupal– constituyó a la vez el estímulo para el aumento de los intercambios regionales recíprocos y, en consecuencia, para la intensificación de las actividades artesanales con las que habilitarlos.

A través de estos circuitos de intercambios recíprocos, aquellas unidades productivas con un menor número de miembros en situación de trabajar, aun viéndose obligadas a concentrar sus esfuerzos en la producción agropecuaria necesaria para su subsistencia, podrían acceder al consumo de productos artesanales de los que no pudieran proveerse por sí mismas mediante el intercambio con otras unidades, circunstancialmente más favorecidas por disponer de un mayor volumen de fuerza de trabajo (Meillasoux, 1985: 63).

Sin embargo, conforme ciertos tipos de bienes fueron adquiriendo relevancia en la articulación de la vida social, y en la medida en que los cauces de vehiculación de pro-

ductos se extendían al paio de la expansión de los vínculos parentales, irían acentuando su importancia los canales fundamentados en la redistribución, la cual, en sí misma, no supone más que el mecanismo habilitado por la sociedad para permitir el abastecimiento de una variedad de bienes de consumo de los que no se dispone, a cambio del producto que se canaliza hacia el núcleo redistribuidor (Manzanilla, 1983: 7). Es claro, no obstante, que su importancia iría creciendo a medida que fuese aumentando la cantidad y/o variedad de procesos de producción que un número igualmente creciente de unidades productivas no fueran capaces de continuar cubriendo por sí mismas, y que ello abría la posibilidad de incrementar el control económico –y por tanto, político– sobre dichas unidades. Pero ello no implica necesariamente que desde el primer momento los linajes detentadores de esas posiciones de privilegio fuesen capaces de desvirtuar de manera constante el principio del intercambio equivalente, consustancial a la norma de reciprocidad alrededor de la cual se cementa el conjunto social.

En cambio, las nuevas condiciones establecidas por la delineación restrictiva impuesta a los espacios de producción y su carácter excluyente sí permitieron comenzar a torcer los principios dictados por la reciprocidad allí donde las relaciones de parentesco quedaban desdibujadas (Sahlins, 1977) y se iniciaba el territorio propiedad de los *otros*, abriendo así la posibilidad de apropiación del trabajo de unas sociedades por parte de otras (Godelier, 1974: 279; Bate, 1984: 79).

Si los recursos eran propiedad comunal y estaban al alcance de todos, pero no así los productos elaborados, que aunque pudieran cederse entre miembros del mismo linaje o de la unidad productiva, ya no constituían propiedad de toda la colectividad (Godelier, 1974: 87, 93; Terray, 1978: 123), y si la realización de manera regular de determinados procesos de trabajo artesanal sólo quedaba al alcance de las unidades con más fuerza de trabajo disponible, resulta evidente que el control de ésta se convertía en el elemento clave con el que crear las bases para la desigualdad entre linajes.

Sin embargo, la sociedad también imponía unos límites al ejercicio de este control pues, en primer lugar, los elementos esenciales en los que radicaba el principio de autoridad –la precedencia generacional y el conocimiento técnico y social– por el que éste se legitimaba ideológicamente, se encontraban al alcance de la mayoría de los miembros adultos de la comunidad: la primera, simplemente a través del paso del tiempo, que garantizaba por sí solo el ascenso en la escala generacional; y el segundo porque siendo todavía relativamente escasa la complejidad de los conocimientos involucrados en los procesos de producción y reproducción sociales, el “saber social” que dotaba de autoridad no podía controlarse de manera exclusiva ni restringirse de forma efectiva. En consecuencia, tal principio de autoridad se tornaba si no débil, sí inestable.

Además, dicha autoridad tampoco permitía imponer a ninguna unidad productiva la generación de un plusproducto de manera continuada –es decir, no podía mantener sobre ellas un nivel de *exacción* económica– pues llegado el caso de excederse los límites considerados tolerables, siempre seguía quedando el recurso a la escisión, la cual permitía

liberarse de una tutela demasiado opresiva. De este modo, y dado que la fuente de autoridad residía en el volumen de fuerza de trabajo sometido a control, la pérdida de efectivos que la fisión social podía producir implicaba su potencial menoscabo, lo que constituía un riesgo que aquéllos que detentaban el liderazgo grupal debían someter constantemente a consideración (Terray, 1977).

No obstante, esta segmentación del grupo social difícilmente podía llegar a ser completa puesto que desde el momento en que la producción agropecuaria se constituyó en la principal rama productiva, la separación del grupo no era factible si ésta no iba acompañada de los medios indispensables para reproducir la vida social: semillas y animales domésticos, los cuales en virtud del tipo de relaciones sociales que como vimos articula en torno suyo la reproducción del ciclo agrícola, se consideran proporcionados –es decir, *adelantados* (Meillasoux, 1985: 66)– por la comunidad de origen, lo que permitía a ésta última detentar –y explotar ideológicamente– una posición de superioridad –en función de su *anterioridad*– con respecto a la comunidad segmentada, lo que sentaba las bases para el potencial desarrollo de relaciones de dependencia entre asentamientos, muy capaces de convertirse en vehículo para el transvase de plusproducto desde el segundo hacia el primero.

En resumidas cuentas, estos procesos serán los responsables fundamentales de la creación de una estructura política (Nocete, 2001: 25) cuya expansión se vería además apoyada, en el caso millarensis, en un desigual nivel de conocimiento técnico y de posibilidades de aprovechamiento efectivo de los recursos metalúrgicos con respecto a las sociedades de su entorno oriental inmediato, sobre las que se haría posible establecer condiciones de extorsión económica basadas en la *escasez de un saber* (Godelier, 1974: 294).

Todo ello generó las premisas para una expansión gradual en el territorio, cada vez más hacia el este –esto es, hacia el ámbito periférico del sistema– que fundamentó el origen y la conformación de una estructura política articuladora de un espacio que, hacia oriente, integraría no sólo las cuencas del Antas y del Almanzora sino también claramente, hacia finales del IV milenio BC, el área occidental murciana.

A nuestro juicio, distintos elementos del registro arqueológico nos permiten aproximarnos al proceso a través del cual se llevó a cabo esa expansión del entramado social “millarensis” sobre las regiones del occidente murciano. Y es que a la luz de los todavía exigüos datos disponibles, parece adquirir solidez la hipótesis de una implantación más o menos temprana de una serie de enclaves, asociados invariablemente a necrópolis megalíticas de tipo *rundgräber*, como el Cerro de las Canteras (Motos, 1918), Cerro Colorado (Lomba, 1999: 60), El Piar (San Nicolás, 1994: 46), o como Peñas de Béjar (Lomba, 1999: 69), dominando los corredores que comunican el Campo de Lorca con la Depresión de Vera y Valle del Almanzora a través del Valle del Corneros y de Puerto Lumbreras, y también en puntos estratégicos de la costa –caso del Cabezo del Plomo (Muñoz, 1993)– así como en áreas especialmente ricas en recursos estratégicos –sería el caso de El Capitán, localizado frente a la importante mina de sílex del Cerro Negro en

donde precisamente se enclava la necrópolis megalítica del poblado (Gilman y San Nicolás, 1995).

Por desgracia, poco es lo que se puede inferir acerca del momento cronológico aproximado en que se produjo esta expansión desde el oeste, pues apenas contamos con un par de dataciones de las que conozcamos con precisión el contexto (Eiroa y Lomba, 1998). Sin embargo, parece razonable situarla entre mediados y finales del IV y sobre todo a inicios del III milenio BC, lo que vendría en general a coincidir, como ya se ha señalado, con el momento de máxima expansión del enclave de Los Millares (Molina González et al., 2004) y con un momento de cambios importantes en la reordenación del territorio de la Cuenca de Vera y del Valle del Almanzora (Cámalich y Martín, 1999). Lo más relevante, no obstante, de este proceso es que la implantación de estos enclaves en puntos estratégicos de la costa de Mazarrón y a lo largo del cauce del Alto Guadalentín no pudo más que implicar profundas transformaciones en las poblaciones que ya ocupaban estas zonas y que desde el registro arqueológico podríamos considerar análogas a las que ocupaban contemporáneamente el Valle del Segura, el área más oriental de La Mancha y, en general, el Levante peninsular.

Ya se ha indicado que el contacto entre sociedades con diferente grado de desarrollo social y económico determina inevitablemente cambios decisivos en las estructuras sociales de los grupos menos jerarquizados (Bate, 1984: 71), algo que resulta sobretodo perceptible desde el análisis del espacio social y de la distribución macroterritorial de los distintos modelos que articulan la producción, el control y el consumo diferencial de excedentes dentro de un sistema-mundo (Gailey y Patterson, 1988; Nocete, 2001).

Si bien hemos de admitir la insuficiencia actual del registro arqueológico para la adecuada evaluación de este proceso en los propios asentamientos del occidente murciano, sí existen algunos aspectos del registro funerario que nos permiten reconocer esta acelerada transformación de las pautas sociales anteriores que se materializan en la aparición de un megalitismo que se ha dado en denominar “atípico” (Lomba, 1999: 72) y que a nuestro juicio no es más que la expresión de la paulatina imposición en esta zona de la nueva ideología “millareense”, que trata de absorber y suplantar a las prácticas locales (Gailey, 1987: 38). De este modo, las características de las necrópolis que aparecen distribuidas por todo este ámbito vienen a poner de relieve la existencia de un complejo panorama de cambio social que se manifiesta, por una parte, en el mantenimiento de las prácticas de inhumación colectiva en el interior de cuevas naturales, y por otra, en la transformación de dicho modelo y la aparición de construcciones megalíticas que claramente tratan de adecuar las prácticas funerarias tradicionales al armazón ideológico “millareense”. Las estructuras megalíticas de Murviedro o de El Milano, construidas aprovechando las paredes de abrigos rocosos, reflejarían este proceso en la misma medida que las lajas de piedra dispuestas a la entrada de Cueva Sagrada II y que otorgaban a la cavidad una cierta apariencia de sepulcro de corredor (Lomba, 1999: 61).

Pero el límite oriental de distribución de este tipo de construcciones funerarias nos

está indicando también que este proceso expansivo hacia el este de las formas de expresión “millarenses” se detuvo en un punto concreto del territorio: la cuenca del río Segura, más allá del cual no encontramos necrópolis de carácter megalítico ni asentamientos sobre relieves destacados orientados al control estratégico del territorio, y el registro de determinados productos tales como cerámica “simbólica” de “estilo millarenses”, vasos de piedra o artefactos metálicos resulta sumamente esporádico (Lomba, 2001: 27).

Naturalmente, la primera cuestión que se debe resolver es por qué las fórmulas de organización de la vida social expresadas en estos elementos, se vieron aquí contenidas e incapaces de continuar expandiéndose en el espacio. Es decir, ¿qué barrera hallaron en la cuenca del río Segura que fueron incapaces de superar?

Según la hipótesis defendida por autores como J. Lomba (1996: 333; 1999: 75), el impedimento fundamental para la ampliación territorial del “megalitismo” más allá del valle del río Segura sería la orientación noroeste-sureste del mismo, la cual dificultaría el mantenimiento de la fluidez de los contactos con el núcleo almeriense en contraste con las facilidades que ofrecerían para ello los valles occidentales murcianos, cuya orientación predominante es noreste-suroeste. Para nosotros, sin embargo, el límite a dicha expansión no puede justificarse en la existencia de condicionantes meramente paisajísticos, sino que su presencia debió estar vinculada con los potenciales recursos que el territorio ofrecía para la producción y reproducción de la vida social, y no exclusivamente en la situación y orientación de sus elementos topográficos.

Pero por otra parte, siendo muchas las evidencias que denotan una base económica fundamentada en la agricultura y la ganadería en los asentamientos del Sudeste (Castro et al., 1998), tampoco somos capaces de detectar en el Valle del Segura obstáculos que en lo que a sus posibilidades de explotación agropecuaria se refiere, fueran capaces de impedir la expansión a este territorio o a las tierras del Altiplano de Yecla y Jumilla y valles del Vinalopó, del modelo de explotación y ordenación del espacio productivo y de las formas de expresión ideológica que reconocemos a occidente del mismo. Por consiguiente, si el obstáculo no pudo residir en unas condiciones negativas para el desarrollo de la producción agropecuaria básica, éste debió darse entonces en relación con algún otro sector de la producción que debía resultar igualmente indispensable para garantizar la reproducción social.

Desde nuestro punto de vista sólo un rasgo del amplio territorio que estamos analizando coincide claramente con este límite del que tratamos: la distribución geográfica de los recursos minerales susceptibles de ser aprovechados en la producción de manufacturas metálicas (fig. 6). Claro que para advertir en ello la respuesta a la aparición de un condicionante físico para la expansión hacia oriente del entramado político, social y económico “millarenses”, resulta imperativo abandonar toda perspectiva formalista al considerar la importancia que tuvo en éste la producción y el consumo de metal.

La idea del escaso “peso económico” de la metalurgia –y por tanto su menguado valor como factor relevante en la explicación del proceso de cambio social– ha venido

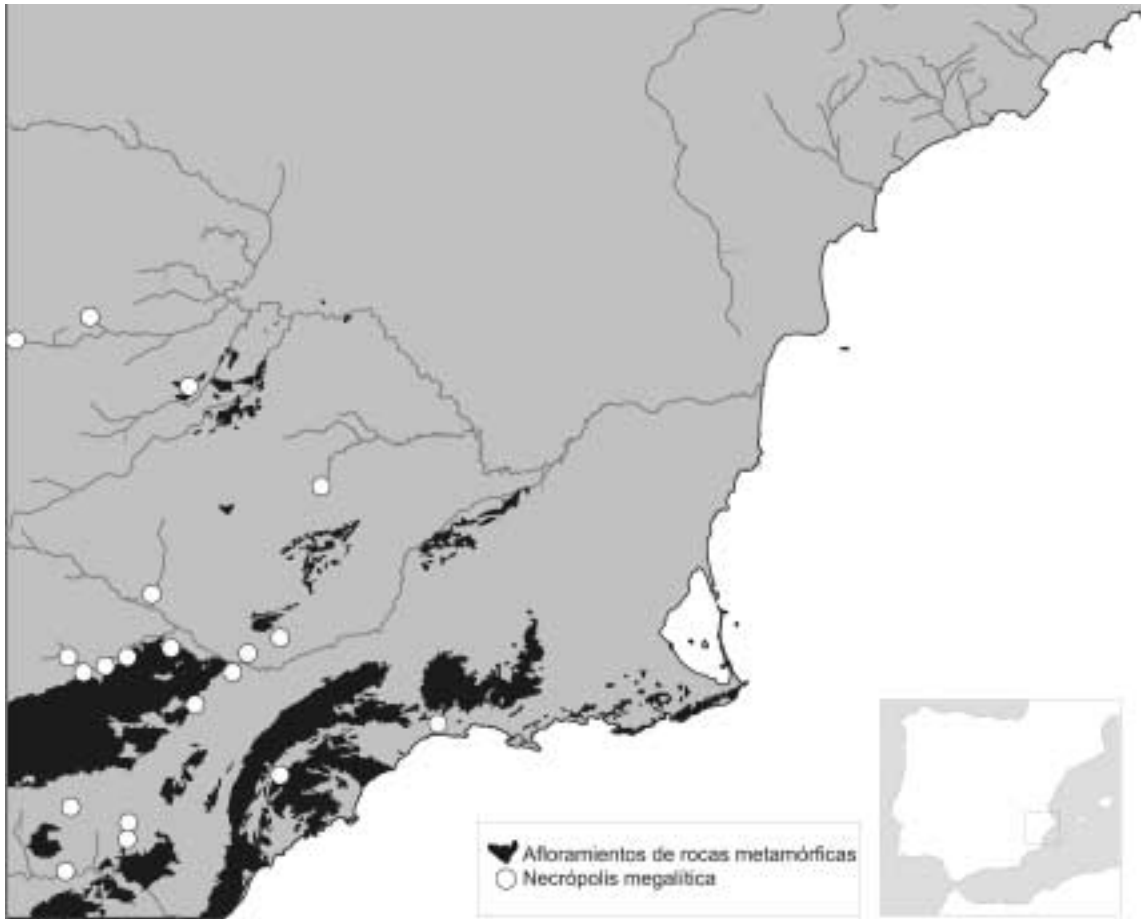


Fig. 6.- Distribución de las necrópolis megalíticas localizadas y de los afloramientos de rocas metamórficas.

encontrando su justificación en el exiguo inventario de manufacturas metálicas constatado en los yacimientos, en los que éstas se hallan siempre en desventajosa situación numérica en comparación con el resto de artefactos registrados (Delibes et al., 1989: 90; Montero, 1999: 334) pasándose por alto, sin embargo, su enorme *importancia social*, pues es en el ámbito de los mecanismos de reproducción social en donde debe ponderarse la verdadera trascendencia que para estas comunidades tenía el garantizar su acceso a vetas de mineral de cobre, lo que explica el hecho de que aproximadamente un 66% de los asentamientos de este momento conocidos en el Sudeste se ubiquen dentro de un radio de no más de 10 km de distancia respecto de afloramientos y minas de cobre (Suárez et al., 1986: 205). Ello resulta en general coherente con un modelo de explotación que trata de garantizar el mantenimiento de un determinado margen de autonomía en la gestión de los recursos por parte de cada uno de ellos, asegurando en potencia el acceso a las distintas fuentes de materia prima cuya explotación permitiera cubrir las necesidades de la producción y reproducción social.

La composición geológica y disposición orográfica de las Cordilleras Béticas en la región murciana –y en el Sudeste peninsular en general– determinan una casi homogénea distribución de las vetas de minerales metálicos a lo largo y ancho de una amplia zona, desde Cehegín hasta Mazarrón y Águilas y desde la sierra de Cartagena hasta las comarcas de Lorca y Totana. Sin embargo, las posibilidades de conjugar la explotación agropecuaria y el beneficio de minas de cobre que podía darse en el entorno inmediato de los asentamientos lorquinos, con vetas disponibles en las sierras de la Torrecilla, la Tercia, Almenara, la Carrasquilla o Loma de Bas, no podían materializarse en la cuenca del Segura, a pesar de la fertilidad de sus tierras. De esta forma, hacia oriente iría haciéndose cada vez más difícil compaginar de manera óptima una producción agropecuaria adecuada a las necesidades de la comunidad –manteniéndose el mismo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas– con un acceso rentable a los recursos minerales más próximos, que resultarían cada vez más lejanos.

En consecuencia, el progresivo traslado de la contradicción fundamental hacia el exterior de la sociedad, que actuaba como motor de la expansión territorial, quedó imposibilitado para reproducirse. Es en esta fase en la que se pondrían en funcionamiento los mecanismos que acabaron generando una situación crítica en la *periferia* del sistema, pues las comunidades allí ubicadas debieron responder a un doble aumento progresivo de la demanda de excedentes: la que debía cubrir las necesidades del centro político para su reproducción y la necesaria para su propia reproducción (Nocete, 1994: 130).

Pero si, como vimos, el incremento de la producción sólo era posible mediante una multiplicación de la fuerza de trabajo invertida, el aumento del número de trabajadores necesario acrecentó correlativamente los efectos de la contradicción en una situación en la que ésta ya no encontraba salida mediante su expansión en el territorio, determinando un aumento de la tensión social y de la intensificación de la competición intergrupal por los mejores espacios de producción y/o por los productos.

Además, el impulso expansivo, apenas contenido dentro de unos límites físicos socialmente determinados, al enfatizar la necesidad de garantizar el acceso al suministro de los medios imprescindibles para la manufactura de productos metálicos, arrastró igualmente a un aumento necesario de las relaciones de intercambios inter-asentamientos y a una multiplicación paralela de la importancia social de los agentes responsables de tales relaciones y de los puntos estratégicos vitales para el control de los intercambios y del proceso productivo, en donde radica la extraordinaria importancia que cobrará un enclave con las características de Murviedro, dominador del nodo en el que confluyen las principales vías de comunicación norte-sur y este-oeste a escala regional.

Pero sobre todo, la nueva situación creada introdujo unas nuevas condiciones en la correlación de fuerzas establecida hasta entonces entre los linajes dominantes y el resto de las unidades productivas, permitiendo a los primeros aumentar las posibilidades de exacción económica en virtud de unas circunstancias que, ahora sí, posibilitaban la suje-



ción de la fuerza de trabajo sometida a su control, dado que las tendencias centrífugas se habían visto contenidas.

El ejercicio, sobre estas nuevas bases, del control sobre la fuerza de trabajo se explicita en el registro arqueológico en una concentración demográfica sin precedentes en la zona, generadora del enorme asentamiento situado bajo el actual casco urbano de Lorca, cuyas verdaderas proporciones sólo hemos podido atisbar hasta ahora y cuya localización al pie de un núcleo fortificado emplazado en altura sobre un punto estratégico de importancia determinante para el intercambio interregional –Murviedro–, expresa sin lugar a dudas una nueva situación en la *semiperiferia* oriental del sistema en cuanto a las condiciones de creación, control y disposición de los excedentes.

Pero a partir de un determinado momento, las posibilidades de incrementar la producción de excedentes en el volumen requerido para reproducir la distancia social quedarían bloqueadas completamente ante la imposibilidad objetiva de una expansión en el territorio bajo condiciones de mantenimiento del mismo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Será en este momento cuando se den los pasos hacia un decisivo cambio en la división social del trabajo y para la implantación de mecanismos de extorsión intrasocial que se habían mantenido inhibidos hasta entonces y que al imponerse, dieron lugar a nuevas relaciones sociales de producción en el marco de un desarrollo de las fuerzas productivas que constituye el motor del amplio abanico de transformaciones acontecidas en el Sudeste peninsular al menos desde mediados del III milenio BC, y que no podemos disociar del resto de cambios ocurridos contemporáneamente en toda la mitad meridional de la Península.

Tal y como ya propusieron autores como L. F. Bate (1984: 72) o G. Sarmiento (1992: 100), este proceso de transformación se concretaría en una tendencia a acentuar la dependencia –y por tanto la distancia social– de unos linajes con respecto a otros, tanto al interior de las comunidades como entre ellas. Y es que la posibilidad de acrecentar la capacidad de disposición de plusproducto agropecuario –convertido en excedente en virtud del aumento del nivel de sujeción de la fuerza de trabajo– permitió a los sectores dominantes de determinados linajes aumentar correlativamente el control sobre el proceso productivo de manufacturas, y en especial sobre unas –las metálicas– que iban adquiriendo un valor social cada vez más estratégico, pues además de ser las que posibilitaban una mayor productividad del trabajo, requerían para su elaboración una materia prima que había dejado de ser un recurso accesible para las unidades productivas que desearan abandonar la comunidad de origen tratando de escapar al control ejercido sobre sus capacidades productivas y evitar así la completa subordinación y pérdida de autonomía para su propia reproducción, puesto que la fisión social ya no se podía dirigir hacia nuevas vetas de mineral todavía no explotadas.

Dado que la realización completa de los procesos de trabajo más complejos –como la metalurgia– sólo quedaría de forma regular al alcance de las unidades con mayor dis-

ponibilidad de fuerza de trabajo, el resto de las unidades productivas no podría más que confiar en obtener los productos que no podían producir por sí mismas a través del intercambio recíproco con aquéllas, pero ahora en condiciones potencialmente mucho más desventajosas, puesto que la posibilidad de segmentación social ya no era factible en las mismas condiciones.

Es así como se abrió la puerta a una acentuación definitiva de la distancia entre linajes: unos, cuyos jefes o cabezas de linaje eran detentadores de un importante control de la fuerza de trabajo de la comunidad y cuyo objetivo era extenderlo y perpetuarlo controlando en exclusiva el desarrollo de los procesos productivos socialmente más estratégicos –y si llegaba el caso, garantizarlo mediante la coacción física–, y otros a los que dicha situación abocaba irremediamente a la subordinación y a la dependencia política de los primeros, puesto que su forzada incapacidad para llevar a cabo aquellos mismos procesos de trabajo por su propia cuenta, les obligaba a adquirirlos a cambio del principal tipo de plusproducto que estaban en condiciones de generar: el agropecuario, pues éste era el que con independencia del número de efectivos disponible, toda unidad productiva era capaz de obtener, gracias al bloqueo tecnológico impuesto sobre la producción del instrumental agrícola y al mantenimiento de la propiedad colectiva del espacio de producción.

Por tanto, a pesar de su relativa escasez en términos absolutos en el registro arqueológico, se puede afirmar que el metal constituyó un elemento clave en el desarrollo de las contradicciones generadas en la reproducción de la sociedad en función de su papel creador de necesidades cuya satisfacción resultaba insoslayable, pues si hasta entonces los artefactos metálicos habían disfrutado de una importancia relacionada, por una parte, con su valor intrínseco como medio de producción y, por otra, como símbolo otorgador de prestigio social en virtud del volumen de fuerza de trabajo invertido en su elaboración –es decir, del control que sobre dicha fuerza de trabajo denotaba su posesión– la nueva situación creada hará que se enfatice al máximo este segundo valor en detrimento del primero, y que se asista ahora a un bloqueo en el desarrollo técnico de los artefactos metálicos involucrados de manera más directa con la producción –sierras, hachas, cinceles, ...– a la par que se comenzará a incrementar y diversificar extraordinariamente la elaboración de adornos y de objetos destinados exclusivamente a la expresión del rango social –y especialmente aquéllos con un evidente contenido intimidatorio, como puntas de lanza, puñales y, posteriormente, alabardas y espadas–, transformación reconocible en el registro en la cambiante proporción que se advierte entre instrumentos y adornos de metal entre el III y II milenio BC (Montero, 1999: 354).

La tensión desencadenada como resultado de la oposición de una parte de las unidades productivas a la voluntad de la nueva clase dominante de ejercer un control monopolista de la fuerza de trabajo y de la producción y distribución de utensilios metálicos (entre otros productos de alto valor social), probablemente se refleje en los contextos de destrucción que clausuran de modo recurrente los niveles de ocupación de los principa-

les asentamientos de este momento, como sucede en el propio casco urbano de Lorca (Martínez Rodríguez, 2002; Martínez Rodríguez y Ponce, 2002; Pujante, 2003; García, Martínez y Ponce, 2002). Pero si bien no es posible por el momento explicitar bajo qué condiciones aparentes pudo estar encubierto este conflicto –como por ejemplo en forma de enfrentamientos entre aldeas– sí conocemos cuál fue su resultado, pues sólo cuando dicho control estuvo efectivamente en manos de esta nueva clase dominante se posibilitó la expansión y la fisión de la comunidad, pero bajo las condiciones establecidas por las relaciones sociales que determinaban una nueva formación social.

Y es que para garantizarse el control objetivo de la producción y distribución de objetos metálicos en el marco de una expansión hacia nuevos territorios carentes de recursos minerales beneficiables, resultaba imprescindible asegurar previamente el control de los canales de vehiculación del mineral desde sus lugares de extracción. Sólo en la medida en que la clase dominante, detentadora ahora en exclusiva de la autoridad socialmente otorgada para la realización de los intercambios recíprocos intercomunales, utilice su privilegiada posición para monopolizar el circuito de transferencia de productos alóctonos de alto valor social (entre los que ahora figurará también el metal) se posibilitará la expansión y apropiación, primero, y la intensificación, después, de la explotación agrícola de nuevos territorios carentes de recursos metalíferos.

Ya se ha señalado, en el marco de la teoría de los sistemas mundiales, qué factores determinaron el que estas transformaciones y los mecanismos habilitados para llevarlas a cabo surgieran allí donde la necesidad de incrementar los excedentes se dejaba sentir con mayor peso: en la *periferia* del sistema. Pero también es precisamente por ello por lo que en ese ámbito y sobre la base de la creciente red de intercambios desarrollada para asegurar el mantenimiento del acceso a recursos y productos metálicos cada vez más alejados, la clase dominante estimuló la creación de un nuevo modelo de explotación inter-social establecido sobre la base del control del acceso al metal y a las manufacturas metálicas que demandaban las comunidades del Prebético meridional valenciano y del Levante peninsular en general, las cuales se incorporaban en ese momento de forma plena al consumo e incipiente producción de objetos de cobre (Simón, 1998) para cuya elaboración dependían de una materia prima de la que no disponían y que era controlada en exclusividad por otra formación social. Las posibilidades de explotar en su beneficio el valor de cambio que el metal cobraba al producirse este intercambio entre dos formaciones sociales diferentes (Godelier, 1974: 123) y las posibilidades de acumulación de excedente que ello permitía, alentó un explícito cerramiento del territorio por su frontera oriental, cuya delimitación garantizaba, hacia el interior, el acceso exclusivo tanto a espacios agrícolas de alta productividad como a las vetas metalíferas, mientras que hacia el exterior se materializaba la exclusión de otras sociedades respecto de esos mismos recursos mediante el control de los puntos de comunicación más estratégicos.

Como resultado de todos estos procesos, se producirá un reordenamiento regional del sistema que a grandes rasgos determinó:

- la generalización, por toda el área integrada en el nuevo *centro* del sistema recién constituido, de un modelo de ocupación del espacio social que comenzó a priorizar el establecimiento de enclaves sobre cerros o elevaciones con buenas condiciones defensivas y control visual sobre su entorno inmediato, así como un nuevo reparto del territorio de producción bajo unas condiciones que –sólo aparentemente– garantizaban la redistribución equitativa del mismo entre todos los asentamientos, determinando así la conformación de un patrón de tipo modular que estableció una irregular equidistancia inter-asentamientos sobre la que se articulará y desarrollará el poblamiento argárico posterior;
- en la *periferia*, por el contrario, en las comarcas centro-meridionales valencianas –valle del Júcar, La Costera, Vall d’Albaida, valle del Serpis– el poblado de llanura seguirá constituyendo el tipo de asentamiento exclusivo en estos momentos, evidenciando la continuidad de un modelo de ocupación que prioriza aún la accesibilidad a los espacios de producción;
- y finalmente, entre esta zona y las sierras que delimitan la vertiente oriental de la cuenca del río Segura –en las áreas adyacentes del Altiplano de Yecla y Jumilla y valle del Vinalopó–, la transformación de las condiciones para la producción y reproducción social, consecuencia de la expansión hacia oriente del ámbito territorial del sistema, acabó configurando un área en la que, punto por punto, se aprecian las características que definen una *semiperiferia* (Wilkinson, 1993: 232; Chase-Dunn y Hall, 1997: 37) (fig. 7).

Podemos ahora concluir que la difusión de la cerámica con decoración de tipo campaniforme en el área meridional del Levante peninsular estuvo ligada a una expansión de las relaciones de explotación intersocial relacionada con la ampliación y reordenación territorial de un sistema-mundo, proceso cuyo origen podemos reconocer –en lo que respecta al espacio geográfico que aquí nos atañe más directamente– en el desarrollo histórico del entramado social “millarenses” y sus necesidades de extracción de excedente para reproducir la distancia social.

Por lo que concierne al ámbito adscrito al HCT, no cabe duda de que las sociedades del Levante peninsular del III milenio BC se hallaban ya, hacia la primera mitad del mismo, en un incipiente proceso de transformación de sus estructuras socioeconómicas (Bernabeu 1993; 1995). Pero, hacia 2500 BC, estos procesos se vieron afectados de forma decisiva por la expansión del sistema y, por tanto, transformados dentro de una dinámica nueva que facilitó la aceleración de estos cambios de acuerdo con un esquema típico en el que las sociedades vinculadas a las formas más desarrolladas de extracción de excedentes se articulan en el espacio en arreglo a la situación del *centro* con respecto a la *periferia* (Gailey y Patterson, 1988: 78; Nocete, 2001: 128).

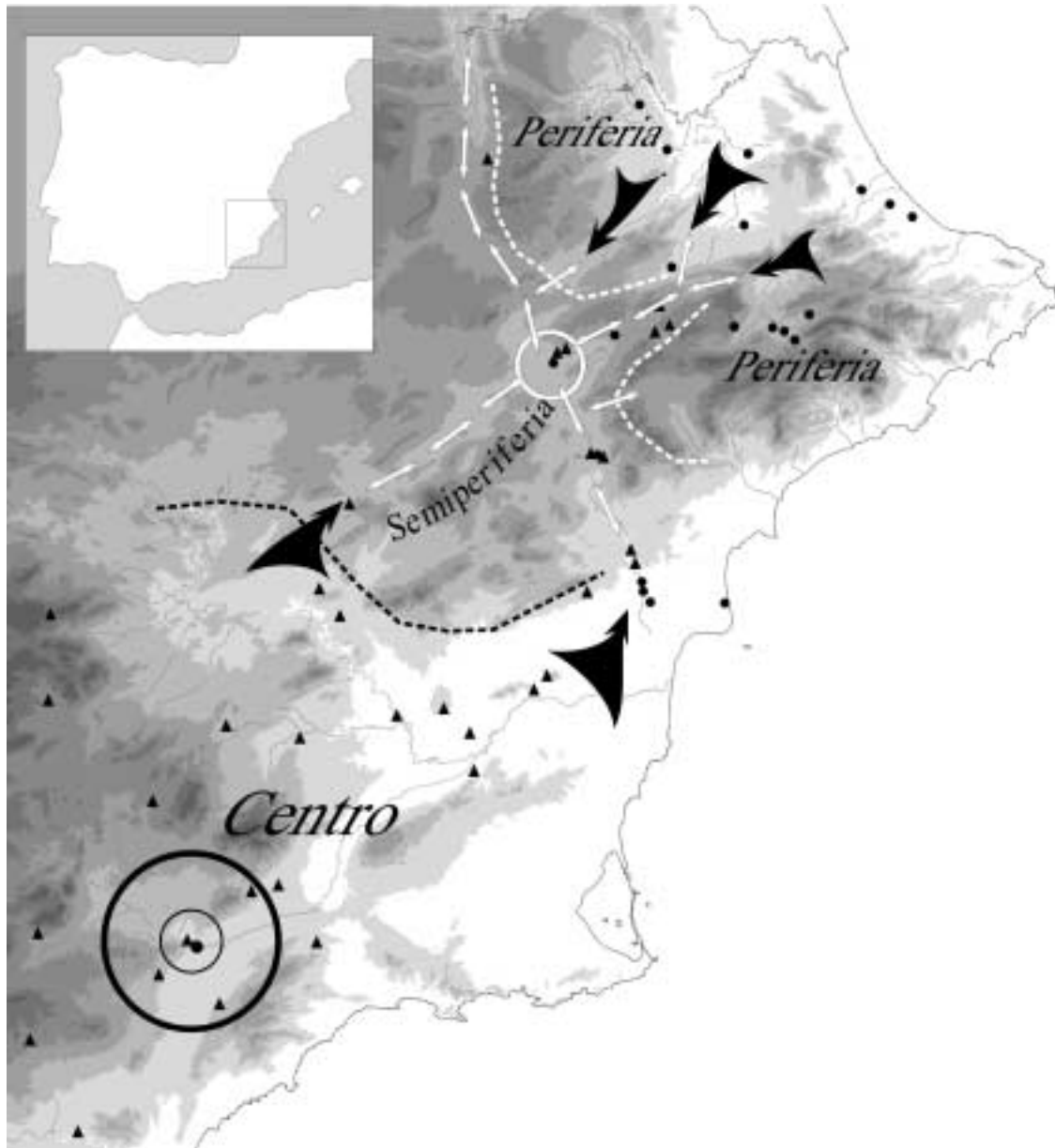


Fig. 7.- Distribución regional de los ámbitos del sistema ca. 2400 BC con indicación de los principales canales de transferencia entre el centro y la periferia “campaniforme” del levante peninsular.

## V. CONCLUSIONES. REPLANTEAMIENTO DE LA PERTINENCIA Y CONTENIDOS DEL “HORIZONTE CAMPANIFORME DE TRANSICIÓN”

La correcta lectura de este proceso es la que permite interpretar, a nuestro juicio, determinados elementos del registro no valorados de forma adecuada hasta ahora. El pri-

mero de ellos es la presencia, tantas veces señalada, de cerámicas campaniformes en los yacimientos argáricos del Bajo Vinalopó y del Segura, leídas tradicionalmente como resultado de los “contactos culturales” entre los “grupos campaniformes valencianos” y los asentamientos argáricos del sur de Alicante (Bernabeu, 1984; Martí y Bernabeu, 1992; Hernández, 1997). Sin embargo, toda vez que la presencia de materiales “campaniformes” en los niveles fundacionales de gran parte de los yacimientos argáricos excavados parece constituir prácticamente la norma, y no un elemento poco menos que casual –si no intrusivo– detectado esporádicamente en las estratigrafías, debemos concluir que su presencia lo que está poniendo de relieve son las verdaderas raíces del modelo de organización social y económica que subyace en la génesis del grupo argárico, o lo que es lo mismo, nos indican que los primeros pasos hacia la configuración de lo que más tarde podremos reconocer como “cultura argárica” se dieron precisamente, y como no podía ser de otro modo, *con anterioridad* al momento en que ésta empieza a ser reconocible en el registro a partir de los rasgos y parámetros establecidos por la arqueografía tradicional.

La interpretación que ha hecho corresponder la presencia de estos artefactos “campaniformes” con “contactos culturales” es la misma que, en el fondo, esconde una lectura disociativa de la “cultura del vaso campaniforme”, por un lado, y de la “cultura de El Argar”, por otro, dejándose llevar por el considerable peso de sus “fósiles directores” y siendo incapaz de reconocer que la desaparición de la cerámica campaniforme no fue más que el resultado de la disolución de los mecanismos que la hicieron socialmente necesaria y su sustitución por nuevos medios materiales de expresión –y coerción– ideológicos más acordes con las nuevas relaciones que se impusieron a partir de finales del III milenio BC en buena parte del mediodía peninsular, vinculadas a una mayor integración grupal y territorial y, correlativamente, a unas menores cotas de autonomía política de los asentamientos.

La coetaneidad, ya apuntada, de la presencia de plata en la Cueva Oriental del Peñón de la Zorra con los primeros momentos del desarrollo del grupo argárico creemos que viene a corroborar, desde la base empírica, el modelo de articulación del sistema a escala regional en la delimitación territorial concreta de su *centro* y de sus *semiperiferia* y *periferia* orientales, dentro de una diacronía caracterizada por su progresiva ampliación, pues significativamente, la perduración de las expresiones materiales “campaniformes” en los territorios periféricos orientales de la recién constituída sociedad argárica tiene su correlato también en su nueva *periferia* occidental (Arteaga, 2000: 140).

La inexistencia, por el contrario, de niveles arqueológicos con cerámicas con decoración campaniforme en los enclaves del II milenio BC del Altiplano de Yecla y Jumilla, de los valles Medio y Alto del Vinalopó y, por ende, del resto del ámbito territorial tradicionalmente asociado al denominado “Bronce Valenciano”, se explica también en función de la diacronía de esta misma dinámica expansiva del sistema, a la vez que confirma, desde nuevos argumentos, la delimitación de la frontera argárica con el llamado “Bronce

Valenciano” propuesta en función del registro funerario (Jover y López, 1995; 1997) y de la distribución territorial de determinados tipos de artefactos argáricos con un elevado contenido ideológico y alta significación para la reproducción social, tales como las alabardas metálicas, las copas o los vasos lenticulares (Jover y López, 2004). Esa frontera puede ahora, además, dotarse de un significado sociopolítico en el contexto de la articulación de un sistema-mundo, en cuyas transformaciones hallaremos también explicación a las variaciones que ésta sufrió a lo largo del tiempo en su delimitación en el espacio.

Todo lo anterior nos aboca necesariamente a reconsiderar el modelo de “transición” a la “Edad del Bronce” contenido tradicionalmente en la propia definición del HCT, ya que ese pretendido carácter “transitivo” no creemos que pueda seguir defendiéndose en los mismos términos en que fue originalmente concebido, pues la “transición” que éste representaba se constituía como una mezcla fundamental de los rasgos propios del “Neolítico” con los de la “Edad del Bronce”, en un sentido claramente anticipatorio con respecto a éstos últimos en lo referente, entre otros aspectos, a la ubicación topográfica de los asentamientos –en altura– y a las prácticas funerarias –enterramientos individuales en grieta o covacha.

Creemos que actualmente existen base empírica y argumentos para defender otra visión de este proceso, que a nuestro juicio se revela en realidad, más que como una verdadera “transición”, como una auténtica *disolución* de las estructuras socioeconómicas del HCT en su sustitución por las del denominado “Bronce Valenciano”. Y es que en contraste con lo que ocurre en los yacimientos argáricos del Bajo Vinalopó, del Segura y del Guadalentín, la ausencia de materiales cerámicos campaniformes en la base de las estratigrafías de los poblados del llamado “Bronce Valenciano” (De Pedro, 1998; Jover y López, 2004), y de niveles del “Bronce Valenciano” en los estratos superiores de los yacimientos “campaniformes” del Levante peninsular (Juan-Cabanilles, 1994) nos indica que en este ámbito la desocupación de los enclaves “campaniformes” se produjo *al mismo tiempo* que se conformaba el entramado de asentamientos del “Bronce Valenciano”. Ello implica aceptar, por supuesto, que este abandono tuvo poco o nada que ver con variaciones climáticas, como las que se señalaron para explicar la desocupación de la Ereta del Pedregal (Juan-Cabanilles, 1994: 95), causas que por otra parte no explicarían por qué tal desocupación no afectó únicamente a los asentamientos ubicados en el fondo de los valles, en zonas encharcadas o junto a los cursos fluviales como la propia Ereta del Pedregal, Arenal de la Costa, Mas del Barranc o Molí Roig, sino también a los enclaves ubicados en altura como La Serrella, Peñón de la Zorra, Puntal de los Carniceros, El Monastil o Coimbra del Barranco Ancho.

Se pone así de manifiesto, a nuestro juicio, la parcial invalidez de uno de los rasgos postulados originariamente en la definición del HCT, y que se basaba en el pretendido carácter “transicional” que los yacimientos en altura “campaniformes” tuvieron con respecto a las formas de ocupación características de la Edad del Bronce. Dicha invalidez radica, para nosotros, en el hecho de que no fueron estos mismos asentamientos en altu-

ra los que continuaron ocupándose en el II milenio BC en el Levante peninsular, sino que fueron *otros asentamientos* distintos los que se fundaron *ex novo* sobre cerros, cabezos y emplazamientos elevados.

Ante este dato, a nuestro juicio no suficientemente valorado hasta ahora, cabe preguntarse por las razones que hacia el tránsito del III al II milenio BC determinaron la conformación de este modelo de ordenamiento del territorio en cuya composición estuvo implícita la *clausura* de los enclaves que se habían ocupado hasta ese momento. En nuestra opinión, la explicación estriba en el hecho de que los asentamientos “campaniformes” en altura del Levante peninsular se inscribían aún en un modelo de explotación que todavía mantenía al conjunto global del espacio productivo –es decir, el espacio *grupal*– como el marco de referencia primordial, lo cual explica, de una parte:

- que estos emplazamientos se fijaran en hitos geográficos situados en los límites inter-cuencas, desde los que resultaba posible un amplio control visual de cada valle y de los puntos de acceso estratégicos sobre los que se encontraban y sobre los que se hacía posible una intervención inmediata;
- y de otra, el mantenimiento de poblados y asentamientos agrícolas en el fondo de valle, responsables de la producción agropecuaria básica y emplazados aún junto a los terrenos de cultivo de más alto rendimiento que se venían explotando durante generaciones.

En cambio, el modelo de poblamiento que ordenó y caracterizó el espacio social en este ámbito durante gran parte del II milenio BC, refleja la aparición y generalización de un patrón basado en la distribución de enclaves aproximadamente equivalentes en tamaño y más o menos equidistantes entre sí que no puede entenderse más que como el resultado de un reparto de ese espacio *grupal* entre los distintos linajes propietarios del mismo (Jover y López, 1998), dentro de un nuevo orden de relaciones entre ellos. La pérdida, por tanto, del marco referencial que suponía el conjunto del espacio *grupal* y su fragmentación, fue la causa del abandono de los asentamientos “campaniformes” del Levante peninsular, tanto de los ubicados sobre el llano agrícola –cuya situación ya no ofrecía plenas garantías desde el punto de vista defensivo, dadas las nuevas condiciones establecidas por el reparto del espacio productivo– como de los emplazados en altura –los cuales habían surgido como resultado de una determinada estrategia de control del espacio *grupal* en su conjunto que, una vez fragmentado éste y redistribuido entre una red de nuevos asentamientos, carecía ya de sentido.

Si en el valle del Segura de mediados del III milenio BC este mismo proceso se desarrolló, como vimos, a consecuencia de la aparición de unos límites a la expansión territorial de una formación social y su superación a través de un cambio en las relaciones sociales de producción –para el que podríamos considerar unas causas esenciales de carácter “endógeno”–, en el valle del Vinalopó, Cubeta de Villena y Altiplano de Yecla y Jumilla de finales del III milenio BC los cambios de orden social se originaron como resultado precisamente de aquella transformación, al acompañarse ésta de la creación e



imposición de un nuevo circuito de explotación intersocial sobre una nueva área periférica –área en la que, por consiguiente, cabría hablar con propiedad de causas esenciales de carácter “exógeno” en lo que respecta a su ulterior transformación.

Es desde esta perspectiva desde la que en cierto modo se podría señalar para el primero de estos dos ámbitos –en el sentido más cercano, creemos, al que postuló J. Bernabeu para el HCT– un verdadero carácter “transitivo” de los contextos “campaniformes” en el desarrollo de este proceso de modificación de las estructuras socioeconómicas preexistentes en las de la “edad del bronce”, y que resultaría del hecho de que fue en esta zona en donde se gestó la creación de los nuevos mecanismos para la generación y disposición de excedentes a nivel intra e intersocial, frente a un cierto componente de “ruptura” que, a nuestro juicio, aquéllos presentarían en cambio en el Valle del Vinalopó y en el resto del nuevo espacio periférico argárico con respecto al desarrollo de esos mismos mecanismos, y que se explican básicamente en el marco de las transformaciones determinadas por la extensión de las relaciones de explotación intersocial y de los procesos de resistencia generados contra éstas (Gailley y Patterson, 1988).

Las amplias posibilidades de extorsión económica que permitía el control exclusivo del acceso a las fuentes de materia prima para la elaboración de productos metálicos permitieron al nuevo *centro* del sistema –aquél en el que se reconocen las formas de expresión del grupo argárico– imponer unas condiciones de explotación sobre su *periferia* inmediata (Jover y López, 2004: 295), las cuales al mismo tiempo que estimularon el aumento del volumen de producción de excedentes –imprescindible para su transferencia hacia el *centro* a cambio del suministro de metal que éste proporcionaba– determinaron también el aumento paralelo de la fuerza de trabajo necesaria para ello lo que, como hemos visto, sentó las bases para la transformación de las estructuras sociales y, en consecuencia, también del modelo de ocupación y de explotación del espacio grupal.

Como si de una correa de transmisión se tratase, la rápida expansión por el territorio periférico argárico de estas nuevas condiciones en la articulación del sistema, implicó la amplia cadena de cambios que acontecieron a partir de inicios del II milenio BC en el ámbito levantino y, por ende, en una vasta porción del mediodía y del interior peninsular.

Estamos convencidos de que esta propuesta de explicación del contexto histórico en el que se desarrolló la difusión y el consumo de los elementos campaniformes en el Levante peninsular, distará mucho de satisfacer a aquéllos que, con justicia, señalen la extraordinaria complejidad que puede deducirse de ese proceso a partir del registro, en comparación con la esencialidad y esquematismo de la propuesta que hemos trazado en las páginas precedentes. No cabe duda de que encontramos gruesos límites para precisar los complejos escenarios en que éste se desarrolló en su concreción histórica y que de alguna manera subyacen tras el repertorio de objetos conocido, recientemente compilado y revisado de nuevo (Juan-Cabanilles, 2004).

Nuestra exploración ni puede ni ha pretendido dar cuenta de aspectos que, aunque se advierten claramente a partir de los datos –como por ejemplo, la anterioridad y peculiar

reparto geográfico que presentan los vasos campaniformes “marítimos”, frente a los de tipo inciso– resultan a nuestro juicio todavía inaprehensibles en función de la ausencia –o, en algún caso, ausencia de difusión– de contextos bien documentados relativos a los mismos.

Pero sí creemos, en cambio, que esta propuesta permite explicar de modo más completo una serie de aspectos esenciales, casi todos ellos planteados ya en la bibliografía publicada hasta ahora y claramente perceptibles en el registro arqueológico del III y II milenio BC del Levante peninsular, como son:

- las verdaderas causas, en su concreción histórica, que determinaron la delimitación del ámbito máximo de expansión del “fenómeno megalítico” del Sudeste hacia tierras valencianas;
- los motivos por los cuales las cerámicas campaniformes comparecen en el registro de los yacimientos argáricos y se encuentran en cambio ausentes en los del denominado “Bronce Valenciano”;
- las razones por las que dicha presencia o ausencia se relaciona con el trazado de la frontera política que se estableció, a finales del III milenio BC, entre el Grupo Argárico y las comunidades del Medio y Alto Vinalopó y del Altiplano de Yecla y Jumilla;
- por qué las manifestaciones materiales “campaniformes” perduraron más tiempo en los ámbitos periféricos delimitados más allá de dicha frontera, como evidencia la plata del enterramiento de la Cueva Oriental del Peñón de la Zorra;
- la dinámica que determinó las transformaciones del patrón de poblamiento advertidas en el Levante peninsular a partir de mediados del III milenio BC, y las causas de las disimetrías advertidas en el mismo a lo largo de este territorio;
- y, por último, por qué el desarrollo histórico de cada uno de estos ámbitos a lo largo del II milenio BC se verá determinado directamente por la situación que ocupó en la organización territorial del sistema a finales del III milenio BC, momento en que el Valle del Vinalopó –y especialmente la Cubeta de Villena– comenzó a jugar un papel crucial como canal vehiculador de los flujos de productos y excedentes entre el *centro* y la *periferia*, hasta el momento en que, a partir de mediados del II milenio BC, culminen las transformaciones de orden social, económico y político que acompañaron a una nueva reordenación macroterritorial del sistema.

## BIBLIOGRAFÍA

- AMÍN, S. (1976): *Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales*. Ed. Anagrama, Barcelona.
- APARICIO, J.; GURREA, V. y CLIMENT, S. (1983): *Carta Arqueológica de La Safor*. Instituto de Estudios Duque Real Alonso el Viejo, Gandía.
- ARTEAGA, O. (2000): “La sociedad clasista inicial y el origen del Estado en el territorio de El Argar”.

- Revista Atlántica-mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, III, Cádiz, p. 121-219.
- AYALA JUAN, M. M. (1991): *El poblamiento argárico en Lorca. Estado de la cuestión*. Real Academia Alfonso X El Sabio, Murcia.
- AYALA JUAN, M. M. e IDÁÑEZ SÁNCHEZ, J. F. (1987): “Avance al estudio del vaso campaniforme en la región de Murcia”. *XVIII Congreso Nacional de Arqueología. Islas Canarias, 1985*, Zaragoza, p. 285-300.
- AYALA JUAN, M. M.; JIMÉNEZ LORENTE, S. y GRIS MARTÍNEZ, L. (1995): “Asentamientos permanentes de agricultores y ganaderos del Sureste peninsular. El Cerro de las Viñas y el Chorrillo Bajo, dos poblados neolíticos de Lorca, Murcia”. *Verdolay*, Murcia, p. 41-57.
- AYALA HURTADO, F. (1977): *Un poblado eneolítico en la comarca de “Las Alguazas” (Murcia)*. Nogués, Murcia.
- BATE, L. F. (1984): “Hipótesis sobre la sociedad clasista inicial”. *Boletín de Antropología Americana*, 9, México, p. 47-86.
- (2004): “Sociedades cazadoras recolectoras y primeros asentamientos agrarios”. *Sociedades recolectoras y primeros productores*. Actas de las Jornadas Temáticas Andaluzas de Arqueología, Consejería de Cultura, Sevilla, p. 9-38.
- BELDA DOMÍNGUEZ, J. (1929): “Excavaciones en el Monte de La Barsella. Término de Torremanzanas, Alicante”. *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 100, Madrid.
- BERNABEU, J. (1979): “Los elementos de adorno en el eneolítico valenciano”. *Saguntum*, 14, Valencia, p. 109-125.
- (1984): *El vaso campaniforme en el País Valenciano*. Trabajos varios del SIP, 80, Valencia.
- (dir.) (1993): “El III milenio a.C. en el País Valenciano. Los poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent)”. *Saguntum*, 26, Valencia, p. 11-179.
- (1995): “Origen y consolidación de las sociedades agrícolas. El País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce”. *Actes de les Segones Jornades d’Arqueologia. Alfàs del Pi, 1994*. Valencia, p. 37-60.
- BERNABEU AUBÁN, J.; GUITART PERARNAU, I. y PASCUAL BENITO, J. LI. (1989): “Reflexiones en torno al patrón de asentamiento en el País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce”. *Saguntum*, 22, Valencia, p. 99-124.
- BERNABEU AUBÁN, J. y MARTÍ OLIVER, B. (1992): “El País Valenciano de la aparición del Neolítico al Horizonte Campaniforme”. *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*. Zaragoza, 1990. Instituto Fernando el Católico, p. 213-234.
- BERNABEU, J.; PASCUAL, J. L.; OROZCO, T.; BADAL, E.; FUMANAL, M. P. y GARCÍA, O. (1994): “Niuet (l’Alqueria d’Asnar). Poblado del III milenio a.C.” *Recerques del Museu d’Alcoi*, 3, Alcoi, p. 9-74.
- BROTÓNS YAGÜE, F. (2004): “El poblado calcolítico de Casa Noguera de Archivel. Excavaciones urgentes durante 1997 en calle Reyes-calle Casa Noguera”. *Memorias de Arqueología*, 12. Consejería de Educación y Cultura, Murcia, p. 211-234.
- CÁMALICH MASSIEU, M. D. y MARTÍN SOCAS, D. (dir.) (1999): *El territorio almeriense desde los inicios de la producción hasta fines de la antigüedad*. Consejería de Cultura, Junta de Andalucía, Sevilla.

- CÁMARA SERRANO, J. A. (2000): “Bases teóricas para el estudio del ritual funerario utilizado durante la prehistoria reciente en el sur de la península ibérica”. *Saguntum*, 32, Valencia, p. 97-114.
- CALVO GÁLVEZ, M. (1993): “Antropología física”. En J. Bernabeu (dir): “El III milenio a.C. en el País Valenciano. Los poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent)”. *Saguntum*, 26, Valencia, p. 153-158.
- CASTRO, P.; GILI, S.; LULL, V.; MICÓ, R.; RIHUETE, C.; RISCH, R. y SANAHUJA, M. E. (1998): “Teoría de la producción de la vida social. Mecanismos de explotación en el Sudeste ibérico”. *Boletín de Antropología Social*, 33, México, p. 25- 77
- CHASE-DUNN, C. y HALL, T. D. (1997): *Rise and Demise: Comparing World-Systems*. Westview Press.
- DE PEDRO, M. J. (1998): *La Loma de Betxí (Paterna, Valencia). Un poblado de la Edad del Bronce*. Trabajos Varios del SIP, 94, Valencia.
- (2004): “La Cultura del Bronce Valenciano: consideraciones sobre su cronología y periodización”. En L. Hernández y M. S. Hernández (ed.): *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*. Villena, p. 41-57.
- DEL VAL CATURLA, E. (1948): “El poblado del Bronce I Mediterráneo del Campico de Lébor, Totana (Murcia)”. *Cuadernos de Historia Primitiva*, 1, Madrid, p. 5-36.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ POSSE, M. D.; MARTÍN MORALES, C.; ROVIRA LLORENS, S. y SANZ, M. (1989): “Almizaraque (Almería): Minería y metalurgia calcolíticas en el Sureste de la Península Ibérica”. En C. Domergue (coord.): *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas, I*. Madrid, 1985, p. 81-96.
- DIZ ARDID, E. (1982): *Iª Exposición de Arqueología de la Vega Baja*. Orihuela.
- EIROA GARCÍA, J. J. (1995): “Aspectos urbanísticos del Calcolítico y el Bronce Antiguo (El caso del Cerro de las Víboras de Bagil)”. *Estudios de Vida Urbana*, Murcia, p. 59-83.
- (1998): “Dataciones absolutas del Cerro de la Víboras de Bajil (Moratalla, Murcia)”. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 19, Castellón, p. 131-148.
- (2005): *El Cerro de la Virgen de la Salud (Lorca). Excavaciones arqueológicas, estudio de materiales e interpretación histórica*. Colección Documentos. Serie Arqueología nº 5. Consejería de Educación y Cultura. Murcia.
- EIROA GARCÍA, J. J. y LOMBA MAURANDI, J. (1998): “Dataciones absolutas para la Prehistoria de la Región de Murcia. Estado de la cuestión”. *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 13-14, Murcia, p. 81-118.
- FAIRÉN JIMÉNEZ, S. y GARCÍA ATIÉNZAR, G. (2004): “Consideraciones sobre el poblamiento neolítico en la Foia de Castalla”. *I Congrés d’Estudis de la Foia de Castalla. Home i paisatge*. Castalla, p. 207-217.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.; MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I.; MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. y RUIZ ZAPATEIRO, G. (1991): “La prospección arqueológica”. En P. López (ed.): *El cambio cultural del IV al II milenios a. C. en la Comarca Noroeste de Murcia*. C. S. I. C., Madrid, p. 317-402.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A. (1946): “La Loma de los Peregrinos en Alguazas (Murcia)”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, Valencia, p. 73-79.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ DE PABLO, J. (1999): *Casa de Lara (Villena, Alicante). Un yacimiento del*

- Holoceno superior en el Alto Vinalopó: cultura material y producción lítica*. Fundación Municipal “José María Soler”, Villena.
- GAILEY, C. W. (1987): “Culture Wars: Resistance to State Formation”. En T. C. Patterson y C. W. Gailey (ed.): *Power Relations and State Formation*. American Anthropological Association, Washington, p. 35-56.
- GAILEY, C. W. y PATTERSON, T. C. (1988): “State Formation and uneven development”. En J. Gledhill, B. Bender y M. T. Larson (ed.): *State and Society. The emergence and development of social hierarchy and political centralization*. Unwin Hyman, Londres, p. 71-90.
- GARCÍA BLÁNQUEZ, L. A. y MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (2004): “Intervención arqueológica en Casa Noguera (Archivel, Caravaca de la Cruz)”. *Memorias de Arqueología*, 12. Murcia, p. 235-352.
- GARCÍA BLÁNQUEZ, L. A.; MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. y PONCE GARCÍA, J. (2002): “Excavaciones arqueológicas en la Glorieta de San Vicente (Lorca)”. *XIII Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*. Consejería de Educación y Cultura, Murcia, p. 20-22.
- GARCÍA DEL TORO, J. R. (1987): “El hábitat eneolítico de Las Amoladeras (La Manga). Campañas 1981-1984. Memoria sucinta”. *Excavaciones y Prospecciones Arqueológicas*, I. Murcia, p. 65-92.
- (1998): “Los hábitats neo-eneolíticos de Las Amoladeras y de Calblanque en Cabo de Palos treinta años después. Nuevas perspectivas de futuro y «puesta en valor»”. *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 13-14, Murcia, p. 301-315.
- GARCÍA DEL TORO, J. R. y LILLO CARPIO, P. (1980): “Un nuevo enterramiento colectivo eneolítico en la Cueva del Barranco de la Higuera (Baños de Fortuna, Murcia)”. *Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía y Letras*, XXXVII, 3, Murcia, p. 191-200.
- GARRIDO-PENA, R. (2005): “El Laberinto Campaniforme: Breve historia de un reto intelectual”. En M. A. Rojo, R. Garrido-Pena e I. García (coord.) (2004): *El campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Universidad de Valladolid y Junta de Castilla y León, p. 29-60.
- GIL GONZÁLEZ, F. y HERNÁNDEZ CARRIÓN, E. (1999): “Ritual funerario, complejidad social e interacción a finales de la Edad del Cobre en Jumilla (Murcia)”. *Pleita*, 2, Jumilla, p. 11-37.
- GILMAN GUILLÉN, A. y SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (1995): “El poblado calcolítico de El Capitán (Lorca): Campaña 1987”. *Memorias de Arqueología*, 3. Excavaciones y prospecciones en la Región de Murcia, 1987-1988, Murcia, p. 46-51.
- GODELIER, M. (1974): *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*. Ed. Siglo XXI, Madrid.
- GÓMEZ, M.; DíEZ, A.; VERDASCO, C.; GARCÍA, P.; McCLURE, S.; LÓPEZ, M. D.; GARCÍA, O.; OROZCO, T.; PASCUAL, J. L.; CARRIÓN, Y. y PÉREZ, G. (2004): “El yacimiento de Colata (Montaverner, Valencia) y los “poblados de silos” del IV milenio en las comarcas centro-meridionales del País Valenciano”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 13, Alcoi, p. 53-128.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1986): “La Peña Negra V. Excavaciones en el poblado del Bronce Antiguo y en el recinto fortificado ibérico (Campaña de 1982)”. *Noticario Arqueológico Hispánico*, 27, Madrid, p. 145-221.
- GUITART, I. (1989): “El Neolítico Final en el Alto Vinalopó”. *Saguntum*, 22, Valencia, p. 67-97.
- HARRISON, R. J. (1974): “El vaso campaniforme como horizonte delimitador en el Levante Español”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 1, Castellón, p. 63-70.

- (1977): *The Bell Beaker Cultures of Spain and Portugal*. American School of Prehistoric Research, Cambridge, Massachusetts, USA.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. (1982): “La Cueva de la Casa Colorá: un yacimiento eneolítico en el Valle Medio del Vinalopó (Alicante)”. *Lucentum*, I, Alicante, p. 5-18.
- (1997): “Desde la periferia de El Argar. La Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas”. *Saguntum*, 30, Valencia, p. 93-114.
- (2002): “El poblamiento prehistórico de Albacete. Estado actual y perspectivas de futuro”. *II Congreso de Historia de Albacete. I. Arqueología y Prehistoria*. Madrid, p. 11-20.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. y SIMÓN GARCÍA, J. L. (1993): “El II milenio A. C. en el Corredor de Almansa (Albacete). Panorama y perspectivas”. En J. Blánquez, R. Sanz y M. T. Musat (coord.): *Arqueología en Albacete*. Patrimonio Histórico-Arqueología Castilla-La Mancha, nº 9. Toledo.
- IDÁÑEZ, J. F.; MANZANO MARTÍNEZ, J. y GARCÍA LÓPEZ, M. (1987): “El poblado de la Edad del Bronce de Murviedro, Lorca, Murcia. (Interrelación topografía-material superficial)”. *XVIII Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, p. 419-435.
- JORDÁN MONTÉS, J. F. (1992): “Prospección arqueológica en la comarca de Hellín-Tobarra. Metodología, resultados y bibliografía”. *Al-Basit*, 31, Albacete, p. 183-227.
- JOVER MAESTRE, F. J. y DE MIGUEL, M. P. (2002): “Peñón de la Zorra y Puntal de los Carniceros (Villena, Alicante): revisión de dos conjuntos de yacimientos campaniformes en el corredor del Vinalopó”. *Saguntum*, 34, Valencia, p. 59-74.
- JOVER MAESTRE, F. J. y LÓPEZ PADILLA, J. A. (1995): “El Argar y el Bronce Valenciano. Reflexiones en torno al mundo funerario”. *Trabajos de Prehistoria*, 52, 1, Madrid, p. 71-86
- (1997): *Arqueología de la muerte. Prácticas funerarias en los límites de El Argar*. Universidad de Alicante.
- (1998): “Campesinado e Historia. Consideraciones sobre las comunidades agropecuarias de la Edad del Bronce en el Corredor del Vinalopó”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXIII, Valencia, p. 233-257.
- (2004): “2110-1200 BC. Aportaciones al proceso histórico en la cuenca del río Vinalopó”. En L. Hernández y M. S. Hernández (ed.): *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*. Villena, p. 285-302.
- JOVER MAESTRE, F. J.; LÓPEZ MIRA, J. A. y LÓPEZ PADILLA, J. A. (1995): *El poblamiento durante el II Milenio a.C. en Villena (Alicante)*. Fundación Municipal “José María Soler”, Villena.
- JOVER MAESTRE, F. J. y SEGURA HERRERO, G. (1997): *El poblamiento prehistórico en el Valle de Elda*. Centre d’Estudis Locals, Petrer.
- JOVER, F. J.; SOLER, M<sup>a</sup>. D.; ESQUEMBRE, M. A. y POVEDA, A. M. (2001): “La Torreta-El Monastil (Elda, Alicante): un nuevo asentamiento calcolítico en la cuenca del río Vinalopó”. *Lucentum*, XIX-XX, Alicante, p. 27-40.
- JUAN-CABANILLES, J. (1994): “Estructuras de habitación en la Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). Resultados de las campañas de 1980-1982 y 1990”. *Saguntum*, 27, Valencia, p. 67-97.
- (2004): “Las manifestaciones del Campaniforme en el País Valenciano. Una visión sintética”. En M. A. Rojo, R. Garrido e I. García (coord.): *El campaniforme en la Península Ibérica y su contex-*

- to europeo*. Universidad de Valladolid y Junta de Castilla y León, p. 389-399.
- KRISTIANSEN, K. (2001): *Europa antes de la Historia*. Ed. Península, Barcelona.
- LILLO CARPIO, P. (1987): “El poblado ibérico de Los Molinicos (Moratalla). Últimas campañas”. *Excavaciones y Prospecciones Arqueológicas*. Consejería de Cultura, Murcia, p. 256-262.
- LISÓN HERNÁNDEZ, L. (1983): *Aproximación al pasado histórico de Abarán*. Abarán V centenario. Abarán, Murcia.
- LOMBA MAURANDI, J. (1992): “La cerámica pintada del Eneolítico en la Región de Murcia”. *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 7-8, Murcia, p. 35-46.
- (1996): “El poblamiento del Eneolítico en Murcia: estado de la cuestión”. *Tabona*, IX, La Laguna, p. 317-340.
- (1999): “El megalitismo en Murcia. Aspecto de su distribución y significado”. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 20, Castellón, p. 55-82.
- (2001): “El calcolítico en el valle del Guadalentín. Bases para su estudio”. *Clavis*, 2, Lorca, p. 7-47.
- (2002): “Cabezos Viejos (Archena)”. *XIII Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*. Consejería de Educación y Cultura, Murcia, p. 16-17.
- LOMBA MAURANDI, J. y SALMERÓN JUAN, J. (1995): “VI. El Eneolítico. Los comienzos de la metalurgia”. En F. Chacón (dir.): *Historia de Cieza. Vol I*. Cieza, p. 153-183.
- LÓPEZ PRECIOSO, F. J. y SERNA LÓPEZ, J. J. (1996): “Neolítico”. *Macanaz*, 1. Historia de la Comarca de Hellín, Hellín, p. 43-54.
- LÓPEZ GARCÍA, P. (ed.) (1991): *El cambio cultural del IV al III milenio A. C. en la Comarca Noroeste de Murcia. Vol. I*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- LORENZO LIZALDE, J. I. (1990): “La Paleontología turolense”. *Teruel*, 80-81 (I), Teruel, p. 67-137.
- LLOBREGAT, E. (1975): “Nuevos enfoques para el estudio del período del Neolítico al Hierro en la región valenciana”. *Papeles de Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11, Valencia, p. 119-140.
- MANZANILLA, L. (1983): “La redistribución como proceso de centralización de la producción y circulación de bienes”. *Boletín de Antropología Americana*, 7, México, p. 5-18.
- MARTÍ OLIVER, B. y BERNABEU AUBÁN, J. (1992): “La Edad del Bronce en el País Valenciano”. *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*. Zaragoza, 1990, Institución Fernando el Católico, p. 555-567.
- MARTÍ OLIVER, B.; DE PEDRO, M. J. y ENGUIX, R. (1995): “La Muntanya Assolada de Alzira y las necrópolis de la cultura del Bronce Valenciano”. *Saguntum*, 28, Valencia, p. 75-91.
- MARTÍ BONAFÉ, M.A.; GRAU ALMERO, E.; PEÑA SÁNCHEZ, J.L.; SIMÓN GARCÍA, J.L.; CALVO GÁLVEZ, M.; PLASENCIA, E.; PALLARÉS, A. y PIQUERAS, F. (1996): “La Mola d’Agres: aportaciones desde una óptica interdisciplinar al estudio de una inhumación individual”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 5, Alcoi, p. 67-82.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. (1999): “I. Desde nuestros lejanos antepasados hasta época romana”. En J. F. Jiménez (coord.): *Lorca Histórica. Historia, Arte y Literatura*. Lorca, p. 19-59.

- (2002): *10º Aniversario del Museo Arqueológico Municipal de Lorca*. Ayuntamiento de Lorca, Lorca.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. y PONCE GARCÍA, J. (2002): “Excavación arqueológica de urgencia en el subsuelo de la antigua iglesia del Convento de las Madres Mercedarias (C/ Zapatería-C/ Cava, Lorca)”. *Memorias de Arqueología*, 10. Consejería de Educación y Cultura, Murcia, p. 90-137.
- (2004): “Excavaciones arqueológicas de urgencia en un enclave romano y un asentamiento del Neolítico Final en la calle Floridablanca, espalda Huerto Ruano (Lorca, Murcia)”. *Memorias de Arqueología*, 12. Consejería de Educación y Cultura, Murcia, p. 291-306.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. y SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (2003): “El Neolítico en Murcia. Continuidad y cambio durante el Calcolítico”. *Estudios de Arqueología dedicados a la profesora Ana María Muñoz Amilibia*. Universidad de Murcia, p. 155-173.
- MATILLA SÉQUER, G. y PELEGRÍN GARCÍA, I. (1987): “Contexto arqueológico de la Cueva Negra de Fortuna”. *Antigüedad y Cristianismo*, IV, p. 109-132.
- MEILLASOUX, C. (1985): *Mujeres, graneros y capitales*. Ed. Siglo XXI, Madrid.
- MOLINA BURGUERA, G. (2004): *Fronteras culturales en la Prehistoria Reciente del Sureste peninsular. La Cueva de Los Tiestos (Jumilla, Murcia)*. Universidad de Alicante, Museo de Jumilla, Murcia.
- MOLINA BURGUERA, G. y PEDRAZ PENALVA, T. (2000): “Nuevo aporte al Eneolítico valenciano: La Cueva de las Mulatillas I (Villargordo del Cabriel, Valencia)”. *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, Murcia, p. 7-15.
- MOLINA GONZÁLEZ, F.; CÁMARA SERRANO, J. A.; CAPEL MARTÍNEZ, J.; NÁJERA COLINO, T. y SÁEZ PÉREZ, L. (2004): “Los Millares y la periodización de la Prehistoria Reciente del Sureste”. *II y III Simposios de Prehistoria Cueva de Nerja*. Fundación Cueva de Nerja, p. 142-158.
- MOLINA GRANDE, M. C. y MOLINA GARCÍA, J. (1991): *Carta Arqueológica de Jumilla. Addenda 1973-1990*. Real Academia Alfonso X El Sabio, Jumilla.
- MOLINA HERNÁNDEZ, J. (2004): “La ocupación del territorio desde el Paleolítico medio hasta la Edad del Bronce en el área oriental de las comarcas de L’Alcoià y El Comtat (Alicante)”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXV, Valencia, p. 91-125.
- MOLINA HERNÁNDEZ, J. y JOVER MAESTRE, F. J. (2000): “Mas del Barranc: un yacimiento campaniforme en el Barranc del Cint (Alcoi)”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 9, Alcoi, p. 85-96.
- MONTERO RUIZ, I. (1999): “Sureste”. En G. Delibes e I. Montero (coord.): *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. II, Estudios regionales*. Instituto Universitario Ortega y Gasset, Ministerio de Educación y Cultura, Madrid, p. 333-357.
- MORENO TOVILLAS, S. (1942): *Apuntes sobre las Estaciones prehistóricas de la Sierra de Orihuela*. Trabajos Varios del SIP, 7, Valencia.
- MOTOS, F. DE (1918): *La Edad Neolítica en Vélez Blanco*. Memoria nº 19 de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M. (1993): “Neolítico final-Calcolítico en el sureste peninsular: El Cabezo del Plomo (Mazarrón, Murcia)”. *Espacio, Tiempo y Forma*, 6, Madrid, p. 133-180.
- NIETO GALLO, G. (1959): “La cueva artificial de la Loma de los Peregrinos”. *Ampurias*, XXI, Barcelona, p. 189-244.



- NOCETE, F. (1989): “El análisis de las relaciones Centro/Periferia en el Estado de la Primera Mitad del Segundo Milenio a.n.e. en las Campiñas del Alto Guadalquivir: La Frontera”. *Fronteras. Arqueología Espacial*, 13, Teruel, p. 37-61.
- (1994): *La formación del Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (3000-1500 a.n.e.)*. Universidad de Granada, Monografías de Arte y Arqueología, 23, Granada.
- (1999): “Las relaciones y contradicciones centro/periferia de la sociedad clasista inicial. Hacia la definición de una unidad arqueológica para la evaluación empírica de los estados prístinos”. *Boletín de Antropología Americana*, 34, México, p. 39-51.
- (2001): *Tercer milenio antes de nuestra era. Relaciones y contradicciones centro/periferia en el Valle del Guadalquivir*. Ed. Bellaterra, Barcelona.
- OROZCO KÖHLER, T. (2000): *Aprovisionamiento e intercambio. Análisis petrológico del utillaje pulimentado en la Prehistoria Reciente del País Valenciano (España)*. British Archaeological Report. International Series, 867. Oxford.
- PALACIOS MORALES, F. (1986): “Águilas desde la Prehistoria hasta la Edad Media”. En A. Morata (dir.): *Aproximación a la Historia de Águilas*. Águilas, p. 15-39
- PASCUAL BENITO, J. LI. (1989): “El foso de Marges Alts (Muro, Alacant)”. *XIX Congreso Nacional de Arqueología, Castellón, 1987*. Zaragoza, p. 227-235.
- PASCUAL BENEYTO, J. (1993): “Les capçaleres dels rius Clariano i Vinalopó del Neolític a l’Edat del Bronze”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, Alcoi, p. 109-139.
- PASCUAL BENEYTO, J.; BARBERÁ MICÓ, M. y RIBERA, A. (2005): “El Camí de Missena (La Pobla del Duc). Un interesante yacimiento del III milenio en el País Valenciano”. En P. Arias, R. Ontañón y C. García- Moncó (eds.): *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*. Santander, octubre de 2003, Universidad de Cantabria, p. 803-813.
- PÉREZ AMORÓS, L. (1990): *La Carta Arqueológica del Término Municipal de Caudete, Albacete*. Tesis de Licenciatura, inédita.
- PLA, E.; MARTÍ, B. y BERNABEU, J. (1983): “Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). Campañas de excavación 1976-1979”. *Noticario Arqueológico Hispánico*, 15, Madrid, p. 41-58.
- PUJANTE MARTÍNEZ, A. (2001): “El yacimiento de ‘Los Molinos de Papel’, Caravaca de la Cruz”. *XII Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología Regional*. Consejería de Educación y Cultura, Murcia, p. 21-22.
- (2003): “Excavación arqueológica en el solar de calle Juan II nº 3 y calle Leonés nº 5 (Lorca-Murcia)”. *XIV Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*. Consejería de Educación y Cultura, Murcia, p. 30-31.
- PUJANTE MARTÍNEZ, A.; MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A.; MADRID BALANZA, M. J. y BELLÓN AGUILERA, J. (2003): “Excavación arqueológica de urgencia en el poblado del Bronce Tardío de Murviedro (Lorca)”. *XIII Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología Regional*. Consejería de Educación y Cultura, Murcia, p. 26-29.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R. (1981): “El Promontori del Aigua Dolça i Salá de Elche. Avance a su estudio”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVI, Valencia, p. 197-218.

- (1983): “Precisiones evolutivas sobre cerámicas de tipo campaniforme”. *XVI Congreso Nacional de Arqueología, Murcia- Cartagena, 1982*. Zaragoza, p. 113-120.
- (1984): “Memoria de las excavaciones realizadas en El Promontori de Elche durante las campañas 1980-1981”. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 19, Madrid, p. 11-33.
- RAMOS FOLQUÉS, A. (1989): *El Eneolítico y la Edad del Bronce en la comarca de Elche*. Serie Arqueológica II, Elche.
- RAMOS MILLÁN, A. (1999): “Culturas neolíticas, sociedades tribales: economía política y proceso histórico en la Península Ibérica”. *Saguntum*, Extra nº 2. *Actes del II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica*. Valencia, p. 597-608.
- RIBERA, A. (1989): “Prehistòria, antiguitat i època alt-medieval a Ontinyent; aproximació a les dades arqueològiques”. *Alba*, 2-3, Ontinyent.
- RISCH, R. y RUIZ PARRA, M. (1994): “Distribución y control territorial en el Sudeste de la Península Ibérica durante el tercer y segundo milenios A.N.E.”. *Verdolay*, 6, Murcia, p. 77-87.
- ROJO, M. A.; GARRIDO, R. y GARCÍA, I. (coord.) (2004): *El campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Universidad de Valladolid y Junta de Castilla y León.
- ROS DUEÑAS, A. y BERNABEU QUIRANTE, A. (1983): “El Cabezo de Redován”. *Varia II*. Universidad de Valencia, p. 165-174.
- RUIZ MOLINA, L.; MUÑOZ LÓPEZ, F. y AMANTE SÁNCHEZ, M. (1989): *Guía del Museo Arqueológico Municipal “Cayetano de Mergelina”*. Yecla.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1978): “Elementos para un análisis de la fase asiática de transición”. *Primeras sociedades de clase y modo de producción asiático*. Ed. Akal, Madrid, p. 9-39.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS MOLINOS, M.; NOCETE CALVO, F. y CASTRO LÓPEZ, M. (1986): “Concepto de producto en arqueología”. *Arqueología Espacial*, 7, Teruel, p. 63-80.
- RUIZ SANZ, M.J. (1998): “Excavaciones de urgencia en el poblado de Santa Catalina del Monte (Verdolay)”. *Memorias de Arqueología*, 7. Consejería de Educación y Cultura, Murcia, p. 78-116.
- RUIZ SEGURA, E. (1990): “El fenómeno campaniforme en la Provincia de Alicante”. *Ayudas a la Investigación, 1986- 1987, III. Arqueología, Arte, Toponimia*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, p. 71-81.
- SAHLINS, M. D. (1977): *Las sociedades tribales*. Ed. Labor, Barcelona.
- SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (1994): “El megalitismo en Murcia. Una aproximación al tema”. *Verdolay*, 6, Murcia, p. 39-52.
- SARMIENTO, G. (1992): *Las primeras sociedades jerárquicas*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- SIMÓN GARCÍA, J. L. (1998): *La metalurgia prehistórica valenciana*. Trabajos Varios del SIP, 93, Valencia.
- SIMÓN GARCÍA, J. L.; HERNÁNDEZ CARRIÓN, E. y GILI GONZÁLEZ, F. (1999): *La metalurgia en el Altiplano Jumilla-Yecla. Prehistoria y Protohistoria*. Jumilla.
- SOLER DÍAZ, J. A. (1995): “Algunas consideraciones entorno al Campaniforme en la Provincia de Alicante”. *XXII Congreso Nacional de Arqueología (Vigo, 1993)*. Vigo, p. 11-16.

- (2002): *Cuevas de inhumación múltiple en la Comunidad Valenciana*. Real Academia de la Historia-MARQ, Serie Mayor 2. Madrid y Alicante.
- SOLER DÍAZ, J. A., LÓPEZ PADILLA, J. A.; GARCÍA ATIÉNZAR, G. y MOLINA HERNÁNDEZ, J. (2005): “Nuevos datos en torno al poblamiento neolítico en el sur de la provincia de Alicante. Los yacimientos de la Playa del Carabassí”. En P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (eds.): *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, Santander, octubre de 2003. Universidad de Cantabria, p. 455-464.
- SOLER GARCÍA, J. M. (1981): *El Eneolítico en Villena*. Serie Arqueológica, 7. Valencia.
- SUÁREZ MÁRQUEZ, A.; BRAVO GARZOLINI, A.; CARA BARRIONUEVO, L.; MARTÍNEZ GARCÍA, J.; ORTIZ SOLER, D.; RAMOS DÍAZ, J. y RODRÍGUEZ LÓPEZ, J. M. (1986): “Aportaciones al estudio de la Edad del Cobre en la Provincia de Almería. Análisis de la distribución de yacimientos”. *Homenaje a Luis Siret*, Cuevas de Almanzora, 1985. Consejería de Cultura, Junta de Andalucía, Sevilla, p. 196-207.
- TARRADELL, M. (1963): *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización. Ensayo de síntesis*. Anales de la Universidad de Valencia XXXVI, Valencia.
- (1969): “La cultura del Bronce Valenciano. Nuevo ensayo de aproximación”. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 6, Valencia, p. 7-30.
- TERRAY, E. (1977): “Clases y conciencia de clase en el Reino Abroñador de Gyaman”. En *Análisis marxista y antropología social*. Ed. Anagrama, Barcelona, p. 105-162.
- (1978): *El marxismo ante las sociedades “primitivas”*. Ed. Losada, Buenos Aires.
- VERDÚ BERMEJO, J. C. (1996): “El poblado de El Estrecho (Caravaca, Murcia). Nuevo asentamiento fortificado del III milenio a. C. en el Sureste de la Península Ibérica”. *XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, Elche, 1995, p. 51-58.
- (2002): “Informe sobre la intervención arqueológica realizada en el poblado calcolítico de “El Estrecho” (Caravaca) en noviembre de 1995”. *Memorias de Arqueología*, 10. Consejería de Cultura, Murcia, p. 66-71.
- VICENT, J. M. (1990): “El Neolític: transformacions socials i econòmiques”. En J. Anfruns y E. Llobet (ed.): *El Canvi Cultural a la Prehistòria*. Ed. Columna, Barcelona, p. 241-293.
- VICENTE CARPENA, D. (1998): “Notas sobre el yacimiento eneolítico de La Balsa (Yecla, Murcia)”. *Yakka*, 8, Yecla, p. 19-22.
- WALKER, M. J. y LILLO CARPIO, P. A. (1983): “Excavaciones arqueológicas en el yacimiento eneolítico de El Prado, Jumilla (Murcia)”. *XVI Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, p. 105-116.
- WILKINSON, D. (1993): “Civilisation, Cores, World Economies, and Oikumenes”. En A. Gunder y B. K. Gills (ed.): *The World System. Five hundred years or five thousand?* Ed. Routledge, London-New York.

